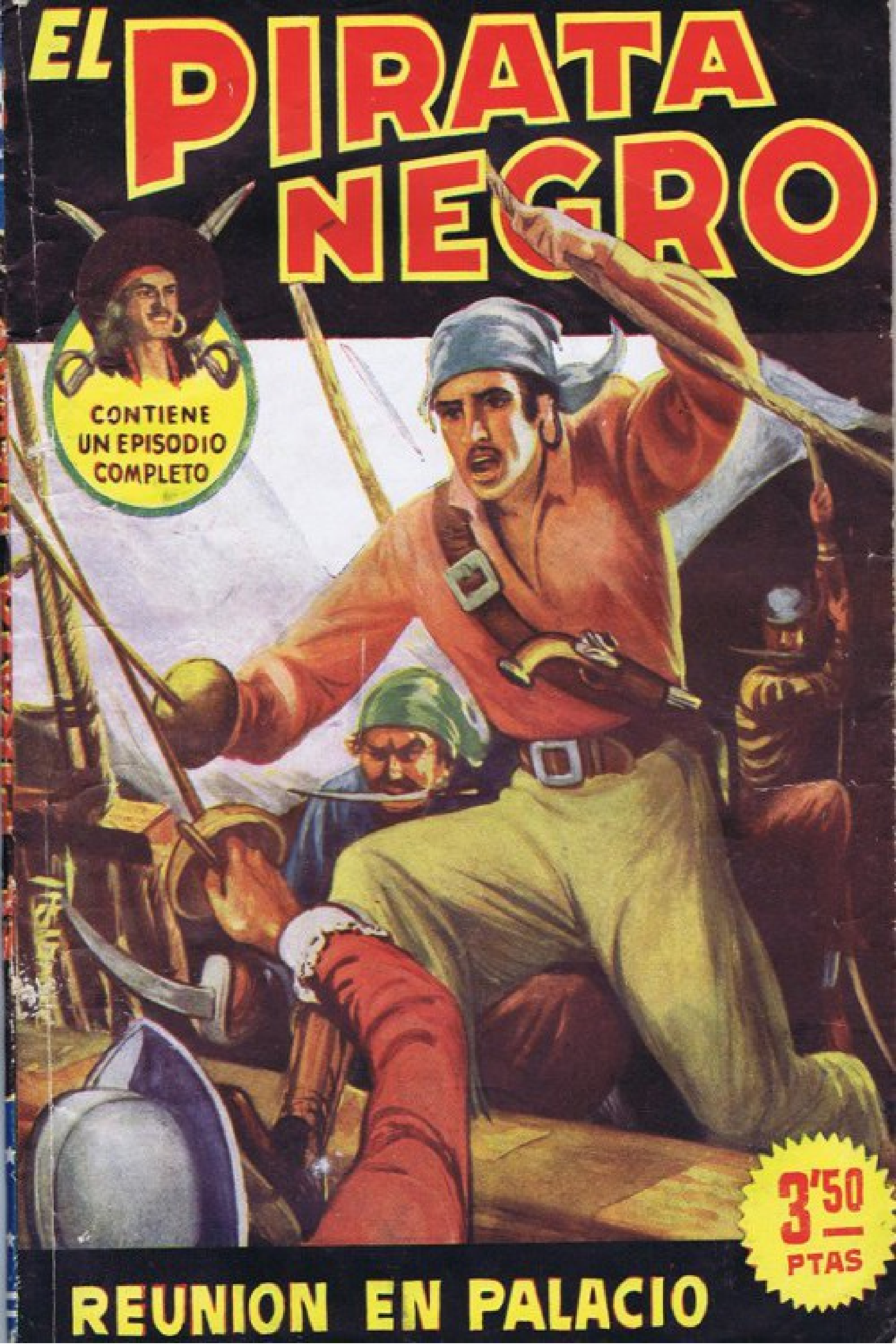
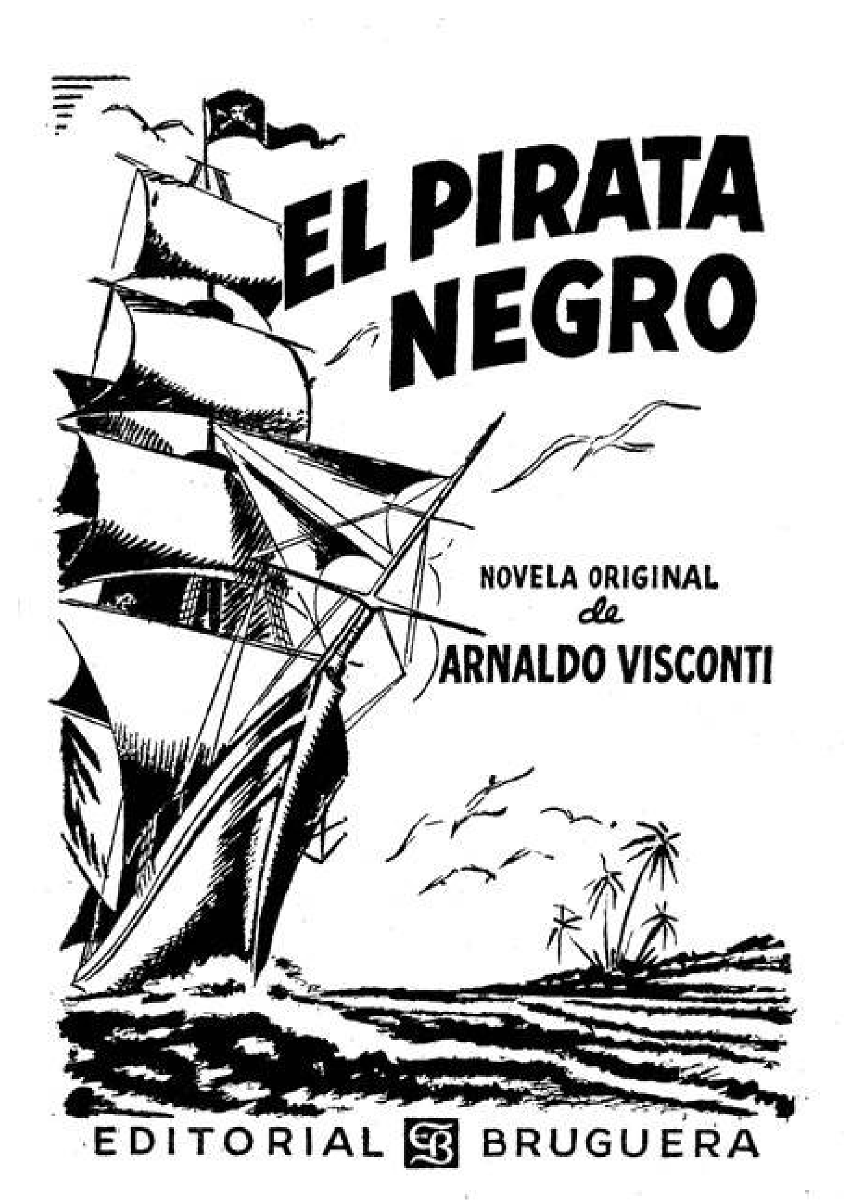


EL PIRATA NEGRO
CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO
3'50 PTAS
REUNION EN PALACIO



EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Reunión en palacio

Colección El Pirata Negro n.° 57

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1948


REUNION
en
PALACIO

CAPÍTULO PRIMERO

Los Mosqueteros de Angulema

Para el mejor gobierno de la Nación, y como salvaguardia permanente de las vidas de los habitantes de provincia, un prohombre del Estado francés había presentado a aprobación real un proyecto que al principio suscitó muchos comentarios.

Tratábase, nada menos, que de confiar a las aguerridas tropas de Mosqueteros del Rey la misión de ejercer una directa autoridad en cuantos desórdenes estallaran en las provincias francesas.

El prohombre autor de aquella idea se basaba en el marcial entrenamiento de los soldados que cubrían sus bustos con la estola de la Cruz de Lorena y en la pericia de sus jefes, designados para mandar, no por favoritismos, sino por méritos bien calificados.

Citaba también la proverbial honradez que caracterizaba a los mosqueteros y su quisquilloso acatamiento de todo cuanto suponía defender el honor, la decencia y la Patria.

Pero las voces que se elevaron en contra del proyecto, aunque eran dictadas por intereses de politiqueo, ya que entregar la custodia de la Justicia en provincias suponía destituir de sus suculentos cargos a muchos funcionarios ineptos, proclamaban con cierta veracidad que las huestes mosqueteras "como estandartes del orden, equivalía a defender corderos rodeándolos de leones".

Y aquella frase comparativa fué acogida con jubilosas aprobaciones por la grey de los funcionarios amenazados de destitución, si progresaba el proyecto.

Se discutió mucho alrededor de la transformación de las tropas de bizarría constantemente demostrada, en guardianes de la Ley. Decían los detractores que los mosqueteros vivían, en continua pendencia, arreglándolo todo a su modo de ver, con estocadas y

mosquetazos, métodos recomendables en los campos de batalla, pero que en las pacíficas ciudades y pueblos de provincia sembrarían precisamente lo que se trataba de evitar: el terror y el desorden.

Al fin, el propio Rey, para quien los mosqueteros constituían la valerosa simbolización de las cualidades viriles de Francia, tomó cartas en la discusión, sin pronunciar una sola palabra.

Limitóse a firmar un decreto aprobando el proyecto presentado por el prohombre bien inspirarlo.

Pero llamó en audiencia al coronel jefe de los mosqueteros. Y también fué parco en palabras. Limitóse a decirle que si los mosqueteros daban la razón a sus detractores, que los suponían soldadesca incapaz de disciplina y orden, otro plumazo real revocaría no sólo el decreto, sino que suprimiría el uso de la estola con la Cruz de Lorena, extinguiendo el cuerpo real de mosqueteros.

Lo que diría el coronel-jefe a los numerosos capitanes convocados, la Historia no lo ha averiguado. Pero lo cierto es que, desde el año 1700, en que los mosqueteros pasaron a ser “escuadrones voladores”, a cuyo cargo corría la tutela y defensa de los provincianos, hasta el año 1722 en que transcurren los verídicos sucesos que nos ocupan, no había habido plumazo real que suprimiera el decreto ni la estola con la Cruz de Lorena.

Para lograr aquel feliz resultado, muchos capitanes habían sido destituidos, otros encarcelados, y muchos mosqueteros habían ido al patíbulo, o habían pasado a mejor vida abatidos por un pistoletazo que a guisa da saludo les había dedicado su propio capitán.

En la ciudad de Angulema, y por aquel febrero del año 1722, era capitán comandante de los mosqueteros reales. Gastón Duplessis gentilhombre por prebenda de blasón, y severo e implacable por carácter y hechos.

Cuantos servían bajo sus órdenes reconocíanle méritos innegables, pero hubieran deseado fuera más dúctil y menos duro.

Ocupaba, al igual que sus soldados, una litera tendida encima del compartimiento de establo donde, en lecho de paja y ante pesebre bien guarnecido, habitaba el caballo.

Y la presencia del jefe, si bien demostraba que Gastón Duplessis predicaba con el ejemplo la máxima “El ronquido del mosquetero debe unirse al relincho del caballo”, privaba a los soldados de

dedicarse a las bromas nocturnas algo pesadas que hacían las delicias de los espectadores.

Aquel anochecer, después de haber sido designado el turno de servicio de patrulla nocturna, y pasada lista a los restantes, cada uno se dispuso a encamarse.

El “escuadrón volante” de Angulema se componía de ochenta hombres. Veinte patrullaban por la noche, otros treinta tenían un día entero con su noche libre, y el resto debía tenderse en cama con botas, pantalones y camisa, dejando suspendidos y al alcance de la mano el chambergo, la casaca, la estola y el armamento, compuesto de mosquetón, espada, daga y pistola.

Gastón Duplessis, desde sus catorce años, había tenido por ambición ingresar en el ejército. Las distintas campañas bélicas le concedieron ocasiones para llegar a ser capitán-comandante de un escuadrón, y también le habituaron a una disciplina bélica.

Pasaba las noches leyendo obras que tratasen de campañas, táctica guerrera, historia de grandes generales y cuantos temas de cerca o de lejos comentasen asuntos de Marte.

A las horas próximas del amanecer dejaba de leer, para pasearse por el establo, que le parecía ser acampamiento en campo de guerra. Decía que el jefe no duerme de noche y vigila al amanecer.

Desayunaba a las siete, y entonces dormía hasta las once, en que despachaba los asuntos de trámite y administración. “Nunca el enemigo ataca a media mañana”, aseguraba.

Después de almorzar, volvía a dormir hasta las seis. “Nunca el enemigo inicia escaramuza a la media tarde”.

Sus soldados se guardaban muy bien de decirle a él que en provincias “el enemigo” era inexistente.

Gastón Duplessis, que desde hacía dos años no había entrado en combate, soñaba con conspiradores a los cuales diezmar, invasores a los que exterminar…, pero lo cierto es que los días transcurrían exentos de motivos para pelea.

Fué a las ocho de la noche cuando un ordenanza de puerta vino a advertir al capitán Duplessis que un tal Etienne Laurent, procedente del castillo de Corbigny, propiedad de la marquesa de Ferjus, deseaba hablarle con urgencia.

Gastón Duplessis sentóse en la litera iluminada por una vela, introdujo por su cabeza la estola con la Cruz de Lorena, cerró el

libro que leía sobre *Las campañas de Aníbal*, sopló la vela y descendió por la escalerilla que comunicaba la alta litera con el suelo de paja, donde su caballo, al verle, hocicó en demanda de caricia.

Gastón Duplessis condescendió en rozar la mandíbula equina, arañándola sabiamente. No prodigaba las delicadezas.

En el cuerpo de guardia y retén, un anciano enclenque, bien vestido y con ojos dilatados por la emoción, aguardaba paseando a cortas zancadas nerviosas por la sala de estandartes.

—¡Guardia, firmes! ¡El señor capitán! —gritó el sargento.

También Etienne Laurent, inconscientemente, adoptó una rígida postura, chocando los tacones, irguiendo la cabeza, e inmovilizándose.

Y aquello agradó a Gastón Duplessis.

—Reposo, paisano… —dijo, casi con amabilidad—. Soy Gastón Duplessis, capitán-comandante del escuadrón destacado en Angulema. Os haré constar que, a no tratarse de algo importante, mis horas de trámite son de once a una de la mañana, en mi despacho oficial.

—Perdonad si he turbado vuestro sueño, mi capitán-dijo humildemente el anciano preceptor —. Pero el motivo es urgente. En Civry ha sucedido algo horroroso.

—Mi ordenanza dijo que procedíais del castillo de Corbigny, propiedad de la señora marquesa de Ferjus.

—Fué error mío, mi capitán. Antaño fuí preceptor de la señora marquesa, y al declinar mi personalidad me equivoqué. Desde hace años soy preceptor de la señorita Gabrielle Lucientes de Civry.

—¿Vuestro nombre?

—Etienne Laurent, para serviros, mi capitán. Es horrible lo que ha sucedido en los bosques de Civry…

—Contadme con mesura, exactitud y detalladamente. Tembláis, mi buen anciano, y os percibo asustado… Tratad de serenaros, tomad asiento y narrad fielmente los hechos.

—¡Cheij Khan, el chacal, ha dado muerte a Marius Languedoc, Jean Crecy, Julien Martel y… a mi pobre y valeroso señor, el caballero Diego Lucientes, padre de mi discípula! Es una fiera sedienta de sangre, que al fin ha realizado su amenaza, que constantemente nos perseguía.

—Así no entenderé lo sucedido, paisano… —reprochó severamente Gastón Duplessis, que "ya había arañado la mandíbula” de su interlocutor—. Exponed los hechos de forma que sean asequibles a cualquier entendimiento. Deponed con fidelidad.

—Es larga historia…, y temo que mientras el chacal cometa nuevos crímenes. Mi señorita, en carroza y acompañada del señor d’Arcy y el guardabosque, se dirigía hacia el pueblo de Nançon…

—¡Voto al chápiro! ¿Es vuestra intención apabullarme citando continuamente nombres y hechos incongruentes?

Pero viendo que de los ojos del anciano pendían lagrimones repentinos, Gastón Duplessis pegó un taconazo impaciente, pero recordó que “aquel paisano en los lindes de la senectud debía ser ayudado”,

—No temáis. Los mosqueteros acuden pronto donde se les llama. Pero primero debo saber los motivos que justifiquen la puesta en acción de mis bravos. Contad vuestra historia, breve pero juiciosamente para mi comprensión. ¿Quién es o era el señor Lucientes?

—El propietario del castillo de Civry.

—¿Quiénes componen su familia?

—Únicamente su hija Gabrielle, de la que soy preceptor.

—Los tres individuos que citasteis como víctimas, ¿quiénes son y en qué calidad pernoctaban en el bosque de Civry?

—Marius Languedoc y Jean Crecy eran maestros de armas, al servicio del señor y su hija, con los que se ejercitaban en el arte de la esgrima.

—El tercer individuo, al parecer asesinado, ¿quién era?

—Julien Martel, un pintor francés, que esta misma mañana se había prometido con Gabrielle, para contraer nupcias en breve plazo.

—¡Ah!… Primer punto revelador. Y ahora, ¿quién es ese… “Cheij Khan”?

—Cheij Khan es un joven árabe, de apodo “El Chacal”.

—Un apodo, ¿eh? ¿Fugado de galeras o presidio?

—No, mi capitán. Es un funámbulo domador, de fuerza prodigiosa, aunque de aspecto soñador y pacífico. Conoció a mi señorita hace dos años en París. Le fingió amores, persiguiendo su dote, porque mi señorita es riquísima. Después, al ella enterarse, el

árabe declaró que, si bien era verdad que en un principio ansiaba su dote, después habíase enamorado. Ella le rechazó, y él juró que constantemente la seguiría por doquier, y ha cumplido en dos años constantes de viajar por Europa. Por todas las ciudades y caminos nos seguía a distancia “El Chacal”.

—¿Y el padre no era hombre de temple para hacer cesar esta persecución?

—El señor Lucientes sabía que su hija amaba a Cheij Khan y que por dignidad herida no quería ya creer en las palabras de amor de “El Chacal”. Este, por varias veces, en duelo leal, había dado muerte en distintas ciudades n caballeros que pretendieron la mamo de mi señorita. Decía mi buen señor que “E1 Chacal” era una fiera dormida, que despertaría cualquier día. Y así ha sucedido...

Volvió u llorar el anciano, enjugándose las lágrimas con un revés de mano.

—¡Si fuerzas tuviera, yo mismo mataría al “Chacal”!

—Loable intención... pero para eso está la Ley. ¿Dónde están los cadáveres?

—En el bosque de Civry.

—¿Quién vió al “Chacal” cometer los crímenes?,

—El señor Lyon d’Arcy, caballero de noble casa de Gascuña, el cual ha venido a advertir a la señorita de que Cheij Khan ha emprendido la huida hacia el pueblo de Nançon.

—No entiendo. Si Cheij Khan mató a cuatro hombres, ¿no era con intención de raptar a la que le negaba amores? ¿Ha raptado, pues, a la señorita Gabrielle?

—No lo ha hecho, porque su último asesinato lo cometió en la persona del señor Lucientes, a quien llevóse hacia el pueblo de Nançon. Y hacia este pueblo se dirigen en carroza mi señorita, acompañada del señor D’Arcy y Robert Charles, el guardabosques. Ella lleva una pistola, es buena tiradora y quiere ajusticiar con su propia mano al chacal maldito.

—La Ley es la llamada a dictaminar. Idos sin temor, paisano. Yo y dos de mis bravos iremos a detener al árabe, antes de que vuestra señorita derrame sangre que pertenece al verdugo.

—¡No hagáis tal imprudencia, mi capitán!

—¿De qué imprudencia habláis, buen hombre?

—El chacal es temible. Lucha contra muchos, porque es una

fuerza elemental de la naturaleza. En Escocia, él solo mató a una treintena de bandoleros que le atacaban desde varios lugares…

—Eran escoceses… y aquí hablamos de mis mosqueteros.

—No sabéis quién es Cheij Khan, Se exhibía en Londres deteniendo con sus brazos el tiro de arranque de dos percherones. Levanta por encima de su cabeza un centenar de kilos, haciéndolos saltar y arrojándolos a lo lejos…

—¡Idos, he dicho! ¡Regresad al castillo o personaos en el Palacio de Justicia, que allí encerraré yo a ese tragaldabas! ¿Creéis que soy un niño al que se le cuentan historietas de miedo? ¡Ordenanza! ¡Mi caballo! ¡En pie los dos primeros de servicio! ¡Prestos en tres minutos a galopar hacia Nançon! ¡Otros dos al castillo de Civry, a recoger y custodiar las víctimas!

Etienne Laurent comprendió que no podía insistir. Saludó, marchándose, con el alma en vilo.

Cheij Khan, acuciado por el furor homicida, no sólo aplastaría al capitán Duplessis y sus dos mosqueteros, sino que Gabrielle correría peligro, Pero quiso tranquilizarse pensando en la última frase de Gabrielle al montar en la carroza: “¡Y mi pulso no temblará! ¡Lo abatiré como a un perro rabioso!”

Gastón Duplessis, a caballo, miró a los dos mosqueteros que componían su escolta:

—En Nançon tenemos que apresar a un árabe saltimbanqui, inculpado de varios crímenes. Al parecer, su aspecto es engañoso, pero posee la fortaleza de un titán y la intención de una fiera ansiosa de sangre. Le invitaré a seguirnos, y como seguramente se negará, vosotros le apuntaréis con los mosquetes. Su primera negativa bastará como demostración de resistencia, y entonces le encadenaréis. ¡En marcha!

Capítulo II

El charlatán y la tonta del pueblo

El pueblo de Nançon contaba con un millar de habitantes. Había sido feudo de un guerrero medieval, que agrupó alrededor de su castillo un centenar de casas, que simétricamente circundaban al castillo, en forma ordenada, y que antaño contuvieron sus mesnadas y familias.

Con el tiempo, otras casas fueron añadiéndose al casco primitivo, y. también ocuparon las laderas de la colina, en cuya cúspide se alzaban los grises muros almenados del feudal castillo.

Dedicados al cultivo, los agricultores de Nançon concedían un valor supremo a cada moneda de cinco maravedises que lograban introducir en la media de lana que colgaba del barrote camero de la cabecera del lecho matrimonial.

Por esa razón, si bien muchos eran los curiosos que se agrupaban alrededor de una carreta detenida en el centro de la plaza de la Fuente de la Flecha, ninguno hasta entonces había manifestado la menor intención de dejarse ablandar por los abundantes argumentos persuasorios del charlatán, que, encaramado en la carreta, iba extrayendo como por arte de magia distintos objetos de relumbrón.

—...¡este lindo collar que los mercaderes de París no valorarían en menos de un luis, adornará la bella garganta de las hermosas de Nançon! —gritaba ahora el buhonero ambulante, agitando en el aire, al extremo de sus cinco dedos abiertos, una sarta de trozos de vidrio verde—. ¿Cuánto creéis que voy a pedir por esa pulsera igual a la que luce la duquesa de Montenlair? ¿Un luis? Miradme bien, ciudadanos de la poética ciudad de Nançon. Yo soy un hombre honrado, que sólo vende para obtener lo justo con que comer dos

bocas. La de mi borrico y la mía. Mi borrico, si hablase, que sólo eso le falta para demostrar que es más inteligente que un cortesano, os diría que con este magnífico collar voy a hacer un obsequio, ya que sólo pediré la irrisoria cantidad de seis ochavos... ¡Apresuraos, antes que se me agoten! ¡Sin prisas! ¡Habrá para diez bellas!

Pero ninguna de las mujeres se movió. Sólo una, joven y sonriente, miraba con éxtasis la sarta de vidrios verdes. Vestía pobremente, corta falda remendada, un corpiño deshilachado, y sus piernas y pies desnudos, ostentaban una dudosa blancura.

Rió tontamente cuando Valéry Corbró, de rostro de mestizo inteligente, la invitó:

—¡Vos misma, hermosa, seréis mi primera compradora! Acercaos. Este collar no muerde, aunque sus esmeraldas hayan sido rozadas por innumerables serpientes allá en las selvas indias de donde proceden. ¡Acercaos, preciosa morena, y tened este collar!

La aludida volvió a reír estúpidamente, y los demás pueblerinos rieron también, porque Boulotte, la huérfana, era la tonta del pueblo.

Boulotte tendió ávidamente su diestra, cogiendo el collar que precipitadamente hundió en su escote, aplastando encima sus dos manos, como si temiera que la robaran.

Valéry Corbró tendió la palma en espera del dinero... Y de pronto, por las exclamaciones y carcajadas, comprendió su error. La presunta compradora era la inevitable víctima de pullas y crueles, bromas.

Fingió no darse cuenta de su risible equivocación, y enderezándose, proclamó:

—¡Empiezo siempre mis ventas con un regalo principesco! ¡La dama que vosotros llamáis Boulotte, ha sido la agraciada!... —y haciendo una pausa, añadió, mirando a la inocente—: Y por cierto que agraciada lo es, si después le regalo un jabón de rosas y un estropajo, un corpiño de seda y una falda de terciopelo.

Por espacio de media hora, prodigó en vano labia y muestrario. Al final, sin desanimarse, recurrió a la última oportunidad. Conocía ya sobradamente el espíritu avaricioso de los campesinos de aquella comarca, y adujo el argumento que reservaba siempre para el final de sus peroratas:

—¡Cuantos sepan leer pueden acercarse y contemplar ese

diploma firmado por el cirujano Paré, nieto del famosísimo y nunca jamás bastante alabado Ambroise Paré! Fui su discípulo, y en pro al bien de la raza humana, me lancé a los caminos, para remediar y aliviar los males de los dolientes. Vos mismo, buen hombre... Vos mismo seréis el primero en suplicar mi ciencia. Percibo en vuestra mejilla desecha un abultamiento sospechoso. ¡No me lo digáis! ¡Yo os diré la causa interna! Tenéis una muela en la que un minúsculo orificio negro ha dado entrada al gusano roedor que os desvela por las noches, royendo incesantemente el marfil. ¡Ah, buena gente que me escucháis! El peor de los males es sufrir de las muelas. Ningún dolor puede comparársele. ¿Sabéis por qué estamos, a punto de enloquecer cuando sufrimos de ellas? Porque el marfil de los dientes está unido a los hilos del seso, por las venillas que hay al término de la carne pulposa de las mandíbulas. El gusano roedor debe ser exterminado. ¿Cómo? Es tan sencillo que hasta resulta pueril explicarlo.

Y Valery Corbró emitió una risa desdeñosa:

—No podéis dormir, y la cosecha se perjudica. Al final, deseosos ya de terminar, os vais a la ciudad vecina, y entráis en el gabinete del cirujano, quien os aplica el pie en la barriga, se arma con unas descomunales tenazas y os hace sufrir horas enteras para arrancaros la muela o muelas negras. Y naturalmente, el cirujano, porque tiene muchos gastos de casa, os hace pagar caro. ¡Yo, con unas tenazas pequeñas y rápidamente, con escaso dolor, extraigo para siempre la muela culpable de vuestros insomnios! ¿No 1o creéis?

Cruzóse de brazos Valery Corbró:

—Bien. No insisto más. Obras son amores. El primero de vosotros que desee verse libre de su muela, se la extraeré pronto y no le cobraré ni un canto de uña. Los demás, me pagarán la ridícula cantidad de cinco “sous”. ¡El primero, completamente gratis!

Apartando a las mujeres, a manotadas, varios campesinos se abalanzaron hacia el carro...

—¡Yo he tocado el primero!

—¡Maldito embustero! He sido yo...

—¡Yo! —proclamó uno que, por un lado, había asaltado la carreta y cogió del brazo al buhonero sacamuelas.

Por espacio de dos horas, Valery Corbró divirtió mucho a la concurrencia que, no sufriendo de las muelas, encontraba muy

hilarante el espectáculo de los que, boca abierta y haciendo visajes, estimaban que por cinco “sous” bien valía la pena librarse del “gusano roedor”, y que en viaje a Angulema por el mismo motivo habrían gastado al menos ocho veces más.

La que mejor reía era Boulotte, sin maldad, sino complacida por oír reír a los demás y no ser por vez primera ella la causante de las carcajadas.

Atardecía ya cuando se dispersaron todos los reunidos por la aparición de la carreta del buhonero sacamuelas.

Valery Corbró, sentado en su carreta, prodigó unas palmadas en las lustrosas ancas del borrico y éste emprendió el camino descendente hacia los campos.

Detuvo Valery Corbró su carreta en un trigal que le pareció el más a propósito para pasar la noche. Cubrió con toldo la carreta, y en su interior, a la luz de una linterna, contó sus ganancias.

No estaba mal; tenía para vivir una semana. De pronto, introdujo la mano bajo la paja, extrayendo una herrumbrosa pistola.

—¿Quién va?

—Yo, Boulotte.

Bajó él de la carreta, y ante sí vió a la “tonta del pueblo”. La luz lunar embellecía los rasgos faciales de la moza huérfana.

—¡Hola, Boulotte! ¿Qué quieres ahora? —preguntó el buhonero, recordando que la había obsequiado con una sarta de vidrios verdes obtenidos gratuitamente por trabajar una semana en una cristalería.

—El jabón de rosas, el estropajo, el corpiño de seda y la falda de terciopelo-recitó ella sonriendo.

—¡Y un cuerno! —rezongó Corbró, malhumorado—. ¿Tú eres tonta o lo aparentas, hija mía?

—Tú me prometiste jabón de rosas, un estropajo...

—Era por hablar, inocente.

Boulotte frunció primero la nariz, arrugó después la frente, avanzó el labio inferior y por fin prorrumpió en un llanto chillón de niño apaleado.

Valery Corbró miró en derredor alarmado. Si alguien oía, podían suponerse cualquier cosa delictiva...

Sólo las altas espigas del trigal en vasta extensión eran acariciadas por la luz lunar...

—Sosiégate, Boulotte. No llores más. Yo no soy malo, mujer.

Ella cesó en el acto de llorar:

—El jabón de rosas, el estropajo, el corpiño…

—Pero, ¿por qué te he de dar yo eso? Comprende que yo me gano el sustento vendiendo y… ¡Bueno, bueno! —gritó al ver de nuevo convertirse en rostro de niño llorón la hermosa cara juvenil —. Atiende a razones, Boulotte. ¿Tú me tienes ojeriza?

—¡Oh, no! Tú eres sabio, bueno y hombre viajero. Sabes muchas cosas y hablas como el señor alcalde… Mejor que él…

—Entonces, si no me tienes mala fe, debes irte a tu casa. Yo no puedo desprenderme de cosas que me cuesta mucha fatiga y sudores obtenerlas. Vete a tu casa.

—No tengo casa.

—¿Dónde duermes?

—En el campo.

—Pero…, ¿qué edad tienes?

—Dieciocho años.

—¡Carape! ¿Y no… no te importunan por las noches?

—Duermo sólo con un ojito… y, además, siempre estoy prevenida.

Y mostró ella su brazo derecho bien torneado, en cuya mano sostenía un palo redondo de nudos.

—Éste es mi amigo-dijo sentenciosamente.

—Fiel y seguro. Vete ahora a dormir donde acostumbras.

—El jabón de rosas, el estropajo…

Valéry Corbró empezó a.sentirse colérico:

—¿Es que pretendes robarme?

—¿Yo? ¡Pobre de mí!

—Vienes con la estaca a pedir.

—¡Oh, no! ¡Contigo no! —y colocóse ella el bastón bajo el sobaco, haciendo un gesto de paz—. Yo quiero que me des…

—No doy nada. Vendo. ¿Qué me das tú a cambio de lo que quieres?

—No tengo dinero.

—Pues entonces, búscalo, y cuando lo tengas, yo te venderé cosas muy bonitas.

—Yo trabajo de un sitio a otro para comer. Tengo mucha hambre siempre. Sé cocinar, lavo muy bien, puedo levantar barriles, he pastoreado toros y sementales…

—Me cocino yo, me lavo yo, no tengo barriles y mi borrico no —necesita pasteras.

—Tú has sido bueno conmigo. Me has regularlo el collar de esmeraldas que lleva la duquesa de Montenlair. Yo puedo seguir tu carro, y te cocinaría, limpiaría tu carro, dormiría con el borrico y vigilaría tus cosas con mi garrote, mientras tú quisieras ir a las tabernas a beber y retozar con las criadas de mesones.

—¡Carape! ¿Sabes que tú de tonta tienes poco?

—¡Oh, sí! Soy muy tonta. Eso dicen todos los de Nançon...

—Verdad será que más talento tiene la más tonta, que el más listo de los Adanes. Bueno Boulotte, ya está bien..Vete a dormir... y déjame a mí dormir.

—Dame el jabón de rosas, el estropajo y con esto sólo me iré al río, me lavaré, y durante quince días trabajaré a tu lado, yendo donde vayas. Llévame lejos de Nançon. Todos son malos y ellas me llaman cosas feas, no sé porqué tienes prisas y te marchas. Llévame lejos... A solas voy siempre. Tu borrico me mira con cariño...

—Vaya argumentos-dijo el buhonero, gruñendo, aunque sentíase emocionado —. Y después de esos quince días, ¿qué pasará?

—Me das el corpiño. Y con treinta días más, la falda de terciopelo-dijo ella, como si demostrase algo muy evidente,

Valéry Corbró introdujo el busto en la carreta. Presentó un trapo y un jabón envuelto en tela dorada...

—Jabón de rosas y el estropajo. Vete al rio.

—Si mientras estoy en el río, tienes prisa y te marchas, es igual. Yo te daré alcance. Quiero ser tu criada.

—No me iré.

Y pacientemente sentóse Valéry encima de varias espigas que aplastó con su peso.

Media hora después, Boulotte reaparecía. Lucía en el cuello lácteo el verdor de los vidrios. Había colocado en sus cabellos florecitas rojas...

—Ahora estoy más agraciada. Toma. Este trocito quedó de jabón.

Encogióse de hombros Valery Corbró:

—Tuyo es. Bien, quizás tienes razón y necesito una criada. Ahora para que descanse “Pierrot”, que es el borrico, pernoctaremos aquí. ¿Tienes hambre, Boulotte?

—Mucha. Pero aun no me he ganado la cena.

Extrajo de la carreta un cubo, y poco después regresaba trayéndolo lleno de agua, con la que fregó el lomo de "Pierrot" que poco acostumbrado a aquello, rebuznó satisfecho.

Hizo ella varios viajes al río, lavó la vajilla, cambió la paja del interior de la carreta sustituyéndola por oloroso tomillo, mientras tendido Valery Corbró sonreía complacido.

Le daba una sensación de compañía y seguridad la presencia de la presunta tonta...

—¿Puedo cenar? He trabajado.

—Coge pan, queso, y también una loncha de carne de cerdo ahumado. También hay manzanas.

—¿Cuantas puedo comer?

—Las que quieras.

—No. Porque de comer, me comería veinte.

—¡Carape! Bueno... Calma el hambre atrasada, y menos costarás de alimentar en lo futuro.

Ella comió, y su apetito emocionó de nuevo al buhonero. Por fin, hizo ella buches con agua, rascándose después los dientes con una raíz de "guimauve".

—Eso conserva los dientes limpios y el aliento fresco. ¿Cómo te he de llamar, amo?

—Valery. Bueno, ahora a dormir.

Ella se acercó, tendiéndose encima de las espigas, junto al buhonero.

Valery Corbró se levantó.

—Duerme en la carreta, Boulotte —dijo desasosegado.

—Yo debo vigilar tu sueño.

—¡Pues sí que iba yo a dormir teniéndote a mi lado!

—¿Por qué no?

—Pero... ¡ahora sí que eres tonta o eres el diablo! ¡Yo soy un hombre y joven! '

—Y agradable, Valery,

—Mira, Boulotte, ¿tú no serás una mujer mala, no?

—¿Que es una mujer mala?

—La que... ¡Al diablo, carape! ¡Duerme con tu estaca empuñada!

—Tu no jugarás conmigo. Tu eres bueno.

—¡Carape! Hay bondades excesivas, muchacha. Dijiste que ibas

a dormir con el borrico. ¿Soy yo el borrico?

Ella dió una vuelta sobre sí misma y huyendo el rostro entre el trigo aplastado, murmuró:

—Siento mucho cariño por el borrico y por ti, Valery...

* * *

Respiraba él, sonoramente, durmiendo con sonrisa placentera en los labios cuándo despertóse bruscamente, al sentir contra su rastro el fresco aliento de la huérfana

—Un jinete se aproxima, Valery.

—Silencio... Puede ser un "cortabolsas".

Se arrodilló el buhonero, y sorprendido fué espectador al igual que Boulotte, de algo extraño.

El jinete sin desmontar lanzaba a todo galope un bulto envuelto, en una capa azul al trigal, y continuando su galope emprendía el camino en sentido contrario.

Dejó Corbró que pasaran unos instantes, y después tranquilizado al ver que el jinete habíase perdido en la lontananza, camino de Civry, corrió hacia donde había caído el voluminoso bulto.

—Carape... —murmuró después de desenvolver la capa y examinar su contenido.— Es un hombre muerto... Le han roto la nuca.

Boulotte hizo un comentario propio:

—Tiene hermosos cabellos rojos. Viste ropas buenísimas. Una falda puedo yo coserme de sus calzas, y sus botas te vendrían bien.

—Aún respira-dijo de pronto Corbró. —Le han machacado la nuca, y aún respira... Tiene vitalidad de toro... Un caso digno de estudio... Dos vértebras rotas... ¿Sabes donde hay yeso, guapa?

—¿Yeso? —rió ella.

—¡Si! ¡Yeso! No hay esperanzas, pero será un caso que me dará prácticas Vi una vez a un maestro mío, cirujano original, remendar un cuello roto... ¡Necesito yeso!

—Lo hay en la alfarería del señor Vouilland.

—Trae un saco. ¡Corre! ¡Y un cubo de agua! ¡Corre!

Para la agradecida Boulotte, cualquier deseo de su nuevo amor, aun el que más loco pudiera parecerle, era una orden que gustosa cumplía.



—Creo que morirá...

Corrió desesperadamente, y poco después regresaba con un saco de yeso bajo un sobaco, y un cubo chorreando de agua.

Extrañada contempló a Corbró dedicado a una manipulación incomprensible. Había tendido al agonizante boca atrajo, y en la sangrienta brecha de la nuca introducía algo que se sacaba de la boca, después de masticar.

Era pan. Formó un amasijo de pan masticado rodeando la nuca...

—He puesto primero hierba buena y ahora este pan masticado, podrá con la saliva fermentar las dotes curativas de la harina de trigo. Vacía la mitad del cubo, guapa. Y abre la boca del saco.

Arremangóse el buhonero y en el cubo mediado fué mezclando al agua yeso, hasta formar una masa compacta.

Volvió Boulotte a reír, cuando vió a su amo ir colocando pellas de yeso alrededor del cuello del moribundo.

—Corta unas varillas de fresno del tamaño de una cuarta. ¡Pronto, guapa!

La palabra "guapa", suscitaba en Boulotte un afán activo. Muchas veces la había oído, pero sólo en labios de su amo reciente, le producía viva satisfacción...

Media hora después, en la carreta quedaba tendido el

desconocido de rojos cabellos, rodeado el cuello con un armazón de yeso solidificado y varas de fresno.

Ató Corbró la frente del desconocido contra el madero, inmovilizándole todo movimiento y después hizo lo mismo con el busto, sirviéndose para ello de las mismas cordezuelas que rodeaban pies y muñecas de su atendido.

—Y ahora, a esperar. Creo que morirá... Pero si se salvase, me gustaría. Demostraría que puedo sanar cuellos rotos.

—¿Por qué lo has recogido? Es un señor... Quien le mató, podría buscar venganza en ti.

—Viste ricamente. Si sobrevive, me recompensará por haberle salvado. ¿Comprendes, guapa?

Boulotte sólo comprendió que la carreta, poniéndose en movimiento y alejándose de Nançon la llevaba a un futuro mejor...

En el pescante reclinó su cabeza contra el hombro de Valery:

—¿Puedo? —preguntó, sumisa.

—¿Puedes, qué?

—Apoyar mi cabeza en tu hombro. Nunca tuve protección ni amparo. Sólo mi palo... y en los trigales de Nançon se queda. Contigo ya no me siento objeto de befa y escarnio, ni acosada por los hombres, que me perseguían con alientos malolientes a perros hambrientos. Tú eres bueno y cariñoso, Valery. Tuya es mi vida.

Valery Corbró hizo una mueca risueña:

—Iremos al Norte, guapa. Allá en la aldea de Nouvion, conozco a un cura buenazo. Nos casará. Tú eres mi esposa... ¡Carape!., ¿Por qué chillan como si te quemaran viva?

—Es... llanto... de felicidad... mi marido... —dijo ella torpemente, iluminado de gozo inefable el rostro sollozante.

Pasó Corbró su brazo encima de los hombros de Boulotte:

—Más llorarás, cuando este caballero-y con la cabeza hizo un gesto señalando hacia el interior de la carreta-al verse vivo, te dé a París varios niños.

—¿Y si... este caballero... es un criminal o ladrón... herido por un señor en venganza?

—Pues... ¡con romperle de nuevo el cuello asunto terminado! Ahora, a mirar las estrellas, hermosa mía. Aquella, ¿ves aquella que brilla sola junto a las cuatro pequeñas? Es la nuestra...

La huérfana, boquiabierta, miró la estrella y a medida que el

buhonero iba hablando, ella rezaba infantilmente las oraciones, que la felicidad iba haciendo brotar de su corazón henchido de éxtasis.

Capítulo III

Una captura difícil

Robert Charles, el guardabosques del castillo de Civry, fustigaba incesantemente los dos caballos que tiraban briosamente de la carroza.

Junto a él y retenido por el peso de su propio muslo, un mosquetón de ancha boca se cruzaba en el asiento. Prometiase Robert Charles dispararlo tan pronto viera a1 potro blanco, de peculiar estampa y alzada, montado por Cheij Khan, el Chacal.

En el interior de la carroza que se dirigía hacia Nançon, el abyecto y tenebroso Lyon d’Arcy, culpable de los atentados mortales contra Julien Martel, Marius Languedoc, Jean Cracy y Diego Lucientes, abandonábase a sueños de riqueza.

Su bien urdido plan le había conducido al final deseado: tenía la promesa de entrar en posesión de la mitad de los considerables bienes de Gabrielle de Civry.

A su lado, Gabrielle mantenía crispadamente la pistola cuyo mortal estallido destinaba a Cheij Khan.

Lyon d’Arcy no hablaba. Era endemoniadamente listo y sabía que surtirían un indominable efecto los pensamientos de la atormentada mujer, en pugna sus sentimientos filiales doloridos por la noticia de la muerte de su padre con los amorosos que pudiera inspirarle el presunto autor de la mortandad que había enlutado los bosques de Civry.

También él empuñaba una pistola, decidido a disparar tan pronto percibiera la silueta del hombre al que había engañado, dirigiéndolo hacia Nançon con la falsedad de que allá debían reunirse para casarse secretamente Gabrielle y Julien Martel[1].

A medio camino, Gabrielle Lucientes salió de su mutismo, para

decir en voz baja, quebrada de contenido sollozo, pero firme en la decisión autoritaria:

—Recordad, señor d’Arcy, que a mí sólo pertenece vengar la muerte de mi padre.

—Respeto este sentimiento, señorita. Pero no echéis en olvido lo difícil que es hacer frente al chacal, que estará envenenado por sus recientes crímenes...

—No le daré frente sino en su agonía, para poder escupirle mi odio que imposible creí pudiera alcanzar proporciones tan lacerantes. Y misericordioso me parece el balazo que siegue una infame vida de asesino alevoso... que mató al hombre que siempre tuvo para él la condescendencia de un alma noble incapaz de sospechar maldad ni traición.

—Respeto vuestro dolor, señorita, pero insisto en que corréis peligro.

—¿Qué importa mi vida si con ella puedo lograr terminar con la del chacal? Mil torturas serían pocas para castigar lo que nunca podrá perdonarse. Julien Martel era un hombre joven, de buen corazón y lleno de ilusiones. Marius Languedoc y Jean Crecy eran otros dos seres honrados, sin defecto. ¿Por qué se ensañó con ellos, que no eran más que hombres que me tenían afecto? Muchas veces temí que esto sucediera, pero siempre creía que no era posible tanta maldad...

Abatió ella de pronto el rostro entre las manos. Cayó de su diestra la pistola y a no ser porque Lyon d’Arcy la retuvo por el talle, hubiese caído en el suelo de la carroza.

Vencida por el inconmensurable dolor de sus energías nerviosas y mujer al fin, Gabrielle Lucientes acababa de sufrir un desmayo de delirantes incoherencias, en las que, como obsesión constante, maldecía de Cheij Khan, el Chacal.

Ordenó d’Arcy detener la carroza, en espera de que ella se repusiera.

Y manejando nerviosamente la culata de su mosquetón, Robert Charles aguardaba a que Gabrielle recuperara los sentidos, para de nuevo fustigar los caballos.

* * *

Gastón Duplessis entró a todo galope seguido por sus dos mosqueteros en la aldea de Nançon.

Dirigióse rectamente al domicilio del alcalde, el cual informó que a su entendimiento, sólo un forastero había estado en Nançon aquel día: un sacamuelas buhonero ambulante, que habíase ya ido.

Pero su esposa, acudió espontáneamente a la ayuda del capitán, al éste hablar de un joven árabe…

—Un bello joven, apuesto y vestido con distinción, jinete en blanco corcel, se halla desde media tarde, apostado, señor capitán, en el camino que procede de Civry y se oculta en el paraje de entrada a la gran Cruz; por donde pasa la senda que conduce a la ermita.

Ya en la calle, el capitán Duplessis permitióse una ironía:

—Los jóvenes, y bellos malvados, tienen la pista fácil, porque les persiguen ojos femeninos.

* * *

Cheij Khan no tuvo ni por un instante la menor sospecha. Creía firmemente que Lyon d’Arcy, ante la supuesta fuga de Gabrielle Lucientes con el pintor Julien Martel, había reaccionado como un caballero galante, decidiendo informarle.

Para el hijo del Pirata Negro, había llegado el momento decisivo en que debía ultimar la situación.

Sorprendería a la pareja cuando se dirigieran en busca del sacerdote y dando muerte en duelo al pintor, confiaba que a solas podría hallar eco en sus palabras de amor en el corazón de Gabrielle que sabía le pertenecía.

Aguardó pacientemente. Montado a caballo, formó por unas horas, una estatua ecuestre en que el potro blanco aparecía sombreado por las aspas de la Cruz de la senda.

Desmontó cuando ya la lentitud de las horas se le antojó eterna. Y al oír rumor de caballos acercándose, imaginó que por fin iba a aparecer la pareja fugitiva.

No se movió, cuando junto a la cruz se apearon tres mosqueteros. Uno de ellos, llevando la cocarda y los entorchados de capitán comandante de escuadrón, acercóse adelantándose a los otros dos.

—¿Sois vos el llamado Cheij Khan? —interrogó Duplessis.

—Este es mi nombre.

—Tened, entonces, la bondad de entregaros.

—Acato siempre la ley y creo que debe tratarse de un error,

señor capitán-replicó, dócilmente Cheij Khan bien ajeno a las acusaciones de que le había hecho objeto Lyon d'Arcy.

—Si error es, se os pedirán toda clase de excusas. Pero ahora, os reitero la conveniencia de seguirme sin oponer trabas a la acción que me ha sido ordenada.

—¿Dónde debo seguiros?

—Hasta Angulema, al Palacio de Justicia.

—En otro momento, me pondría inmediatamente a vuestra disposición, ya que nada temo de la ley.

—Entonces, seguidme.

—Pero en este momento, me es imposible obedeceros.

—Dadme la razón.

—Un secreto que atañe a la buena fama de una mujer, me impide decíroslo. Pero sabed que estoy aquí desde temprana hora y hasta que no haya resuelto aquello a lo que vine, no me moveré.

—Me obligaréis a emplear medios coercitivos.

—Idos, señor capitán. Os lo ruego.

Gastón Duplessis juzgó que ya había contemporizado demasiado, con la exigencia que obligaba a los mosqueteros a efectuar las detenciones con el máximo de cortesías.

Señaló hacia atrás donde sus soldados apoyaban contra sus flancos la culata del mosquetón apuntando la boca hacia lo alto, pero detonando que al menor gesto de su superior, dispararían hacia el remiso a entregarse.

—Daos preso, en nombre del Rey —invocó Duplessis, cumpliendo la fórmula para intimidar al que no obedecía a la cortesía.

—Lo siento, pero no puedo ni quiero darme preso.

—Yo mismo, entonces, os desarmaré. Dadme vuestra espada.

Durante todo el diálogo, Cheij Khan era como al habitual, un joven reposado de indiferente mirada...

Mostró los dientes en suave sonrisa...

Y de pronto, pareció como si desafiando todas las leyes de gravedad, se convirtiera en un muelle saltarín.

Su primer impulso era bien calculado. El doble arco que describió en el aire pasando por encima de la cabeza del estupefacto Duplessis tuvo como parábola final, un propósito definido.

Cada una de sus manos rodeó el centro del cañón de mosquete

empuñado por los dos mosqueteros, que no tuvieron tiempo de dirigir el arma hacia el improvisto proyectil humano.

Levantó en alto los dos mosquetes, tirando de ellos, mientras sus pies en abierto compás chocaban contra el pecho de los dos soldados.

Aturdidos por el brusco ataque, cayeron hacia atrás, soltando sus armas.

Acudía Duplessis desenvainada la espada. El gesto de Cheij Khan fué casi despreciativo...

Desenfundó su acero empleándolo como látigo, ya que apenas salido de la vaina restalló lateralmente con vigor contra la hoja del arma esgrimida por el capitán.

Uno de los mosqueteros poníase en pie hurgando para extraer su pistola.

Mientras corría Duplessis avergonzado y furioso a recoger su espada: “un mosquetero nunca abandonará su tizona”, Cheij Khan asestó un recio puñetazo en la mandíbula del mosquetero en pie.

Saltó sobre el otro asestándolo otro puñetazo en la carótida y exánimes los dos hombres, saltó de costado, evitando por una pulgada el ser alcanzado por el disparo que acababa de efectuar Gastón Duplessis, ya recuperada su espada, que no podía permanecer en el suelo sin mengua del honor mosqueteril.

Paro Gastón Duplessis la noche se convirtió en estrellada, porque miríadas de puntitos blancos y rojos bailaron ante sus ojos antes de cerrarse a efectos del brutal puñetazo que recibió en el entrecejo.

Miró Cheij Khan por unos instantes a los tres desvanecidos. Juzgó que sus cuerpos podrían alarmar a la pareja que estaba esperando, y procedió a transportarlos a un lado del sendero.

Ató dos de ellos entre sí por las muñecas a la espalda, amordazándolos. Hizo lo mismo con Gastón Duplessis y estaba terminando de colocarle la mordaza, cuando se enderezó una fracción de segundo tardíamente.

Encima de él, por los costados y haciéndolo frente, una decena de hombres le abrazaban en confusa masa humana destinada a inmovilizar sus músculos.

Oyó tintinear cadenas y argollas... Derribado al suelo bajo el peso de varios mosqueteros, sintió en sus tobillos y en sus muñecas

la mordedura de dos grilletes…

Estaba preso.

* * *

La providencial llegada, providencial para el honor del cuerpo nunca jamás bastante alabado de los mosqueteros del Rey, debíase a Etienne Laurent.

Al separarse del capitán Duplessis, dió por cierto que éste y sus dos hombres iban a una muerte segura. Esto no lo inquietaba en exceso.

Pero en cambio la idea de que Gabrielle pudiera correr un gran peligro al enfrentarse con "el chacal ansioso de sangre", le consumía de dolorida ansiedad.

Vió pasar por las calles de Angulema la numerosa comitiva de los mosqueteros que en servicio de patrulla recorrían la ciudad.

Y de pronto bendijo la idea que acababa de inspirársele. Corrió hasta alcanzar al suboficial que iba en cabeza del escuadrón patrullero.

El suboficial, al divisar al jadeante anciano, aun más empequeñecido junto a1 caballo y más medroso y débil por el resoplar angustioso de sus pulmones no habituados a carreras, alzó la mano:

—¡Alto! ¿Qué queréis, anciano?

—Soy Etienne Laurent, al servicio del castillo de Civry. Vuestro capitán el caballero Duplessis…

—El gentilhombre señor Duplessis —corrigió el suboficial.

—El gentilhombre señor Duplessis acaba de partir al galope acompañado de dos mosqueteros hacia Nançon y corre hacia un peligró inevitable.

—¡Aclarad!

—Un árabe vagabundo, ha asesinado esta tarde a cuatro hombres en el bosque de Civry. Se refugia ahora en los alrededores de Nançon y es temible por su fuerza y su maldad. Es una fiera de instintos sanguinarios incontenibles… Vuestro capitán no quiso atender mis súplicas de que se hiciera acompañar por más soldados y no sólo morirá, sino que se fugará el criminal.

—Chocheáis, anciano-reprochó, severamente el suboficial —. Con tres mosqueteros, basta para apresar no ya a una fiera, sino a diez.

—¡Cheij Khan es temible, señor sargento! ¿No os remorderá la conciencia si por creer con razonable excusa, que exagero ya que no conocéis a Cheij Khan, éste mata a vuestro capitán?

—Mi servicio de patrulla puede extenderse hasta Nançon, pero si movilizáis fuerzas armadas por temor de paisano medroso, os juro que os será impuesta una multa. ¡Avante, mosqueteros!

Partieron hacia la ruta de Nançon, y ya mediada, el suboficial ordenó de nuevo hacer alto.

—No debemos inmiscuirnos en 1a captura que se propone hacer nuestro capitán, al que veis dirigirse hacia Nançon. Pero según opina un paisano es captura difícil. Desmontaremos, pues, por los alrededores de donde desmonte nuestro capitán, prestos a intervenir si precisa fuera nuestra ayuda.

Y está fué la razón por la que Cheij Khan, inesperadamente, vióse rodeado de silenciosos mosqueteros...

Una mordaza sólidamente atada, le enmudeció y cargado de cadenas fué montado en su blanco potro, cuyas riendas llevaron dos mosqueteros, mientras los demás rodeábanle cejijuntos y amenazadores.

Había osado quebrar dos mandíbulas de mosquetero y magullar el arco nasal de un capitán gentilhombre...

* * *

La carroza conducida por Robert Charles se detuvo a la entrada de Nançon y allí un campesino informó de que el jinete del potro blanco hacía ya tiempo que había sido capturado por fuerzas mosqueteras venidas en gran número y que le habían llevado al Palacio de Justicia de la ciudad de Angulema.

Capítulo IV

Dos interrogatorios

Los procedimientos judiciales habían mejorado considerablemente, desde las épocas feudales. Ya no se estimaba obligatorio y de ley, empezar por el previo tormento.

Las tenazas de hierro, el hornillo, los lechos ardientes, el embudo, los escabeles de púas, las botas trituradoras, eran ya reputados métodos de salvajismo, propio de las feudales disposiciones de siglos de obscurantismo.

En los inicios del siglo XVIII, habíase ya estipulado varias reformas. Cuatro eran las penas de muerte: horca, hacha, rueda y descuartizamiento.

La exposición en picota precedía a la última actuación del verdugo, cuando el delito era de lesa majestad o sacro.

Y en los interrogatorios, habíase introducido una variante. Sólo se empleaba el cepo torniquete, dando vueltas al torno que distendía los brazos y desconyuntaba las clavículas, si el reo sujeto a preguntas se obstinaba en negar evidencias comprobadas.

Las “evidencias comprobadas” eran las más de las veces, la palabra acusatoria de algún aristócrata…

En la sala de diligencias previas del Palacio de Justicia de Angulema, reuniéronse, a media mañana del día siguiente a la captura de Cheij Khan, dos magistrados.

Uno era el procurador general y el otro era el secretario, en funciones de escribano.

La sala, de paredes desnudas, no tenía más que escasos muebles visibles: un estrado con una mesa y dos sillas y tres extraños lechos en sentido oblicuo, cuya armazón formaba a modo de ángulo agudo con el suelo por delante, y ángulo recto por detrás con las vigas

que, empotradas en el suelo, sostenían la armazón de hierro.

Eran los cepos torniquetes. En la base del armazón donde debía tenderse el interrogado, había un doble madero en el que eran introducidos los pies del reo, para sujetarlos.

De lo alto colgaban dos argollas las cuales rodeando las muñecas del sujeto a preguntas, estaban reunidas de nervio de buey al cilindro del torno manejado por el verdugo.

El Procurador general escuchó atentamente la lectura del primer atestado escrito por el secretario, extractando las declaraciones de los acusadores.

Terminó el secretario de leer y esperó el comentario:

—Este aventurero árabe es, pues, un elemento dañino, perjudicial y perverso que debe ser extirpado del árbol social, para evitar la corrupción.

—Cuatro crímenes que claman al cielo, Excelencia. Cometidos a traición, después de dos años de continuo acecho.

—Felizmente la intervención de los valientes mosqueteros, dió fin a la carrera de crímenes de ese... ¿cómo es su nombre?

—Cheij Khan, Excelencia.

El Procurador general cogió de encima de la mesa su cajita de rapé, aspiró una toma, estornudó satisfecho y repiqueteando sobre la tapa incrustada en nácar, solicitó.:

—Repetid el nombre y clase de los acusadores, señor secretario.

—En primer lugar, el señor Lyon d’Arcy como testigo presencial.

—¿Gascón?

—Caballeroso cadete que fué en busca de fortuna a las Indias occidentales, regresando como invitado de honor de la marquesa de Ferjus, cuyo joven hijo acompañó el señor d’Arcy.

—¿Quién más?

—La señorita Gabrielle Lucientes, hija del propietario del Castillo de Civry....

—Ah... Mujer, mujer... ¡Cuántas fechorías se cometen en tu nombre! Naturalmente, en este caso, ella, la pobrecita, paga con la muerte de su padre, el haber inspirado tan vesánica pasión en el aventurero árabe. ¿Quién más?

—El señor marqués de Ferjus.

—¡Ah! Testigo de peso. ¿Quién más?

—Niccolo Pavolini, su maestro de música.

—Bien. Una causa clara. Tan clara como la del fementido pirata Leblond. Para éste no hacen falta testigos. ¡Francia entera clama venganza! Podéis llamar al verdugo y sus ayudantes. ¡Y que con buena escolta sean conducidos aquí el árabe Cheij Khan y el pirata Leblond, deshonra de Francia!

En los sótanos del Palacio de Justicia, cuatro alabarderos entraron en una de las cuatro celdas destinadas a contener peligrosos criminales.

Uno de los alabarderos, forzudo práctico en aquellas lides, antes de destrabar las cadenas empotradas en el camastro y en la pared de la húmeda celda, procedió a reunir en corto grillete las argollas que unían pies y manos del allí preso.

Cheij Khan quedó en pie, pero imposibilitado de andar más allá de escasos centímetros a cada paso. Dos alabarderos, a la vez que le empuñaban por un hombro, le empujaban señalándole el camino a recorrer hasta la sala de “diligencias previas”.

Los otros dos, con la pértiga rematada en lanza, aplicaban el regate agudo en las espaldas del reo de cuatro crímenes que no había cometido.

En la sala, el verdugo encapuchado y sus dos ayudantes, permanecían junto al torno, al lado de uno de los cepos torniquete, donde estaba reclinado un alto sujeto rubio, de rostro diabólicamente bello.

Al entrar Cheij Khan, ordenó el Procurador general:

—¡Tendedle! ¡Con las debidas precauciones! Advertido estás, verdugo, de que ese reo posee fuerzas mágicas.

También fué hábil la maniobra con la que el verdugo, asistido por sus ayudantes, dejó reclinado en el lecho de tortura al hijo del Pirata Negro, dejándole en muñecas y pies las argollas y alargando el grillete para complementar el encadenamiento.

Quedó Cheij Khan preso por los pies en el cepo y por las muñecas es las argollas reunidas por los nervios de buey al torno.

Tomó el Procurador general un polvo de rapé, estornudó y apuntó con índice acusatorio, hacia el cepo torniquete vecino al ocupado por Cheij Khan.

—Empieza tu interrogatorio, Leblond. Quedas advertido que tu endurecimiento de canalla no ha de prevalecer contra la fuerza de los cargos que contra ti se acumulan y que te hacen ser la deshonra

del pueblo francés.

El aludido, tensos los brazos y el cuerpo, asintió respetuosamente, dando una cabezada.

—Empezad, señor secretario —dijo el Procurador general.

En el fondo estaba defraudado. Narcisse Leblond, tenía renombre de cáustico y charlatán.

Y, sin embargo, el elegante sujeto rubio adoptaba un continente casi humilde y de atenta expectación.

El secretario removió unas hojas:

—Declare el interrogado si es o no es Narcisse Leblond, natural, de la ciudad de París, nacido en dicha capital el 15 de octubre del año de gracia de 1687.

—Declaro que sí lo soy, Excelencias-dijo el interrogado con voz agradable, alta y sonora.

—Declare el interrogado si recibió o no mandato de corso, concedido por Real Decreto, en el año 1718, en 23 de febrero.

—Fui honrado con tal merced, Excelencias.

—Declare si le fué concedido, también por Real Gracia, el mando del navío fragata "Tonerre".

—Me fué concedida ese gran privilegio, Excelencias.

Hizo una pausa el secretario, mirando a su superior. El Procurador general hizo un ademán y el verdugo empuñó la rueda del torniquete.

—Tus declaraciones han coincidido hasta ahora, Leblond. Veamos si tus confesiones corroboran el vilipendioso hecho de que te has convertido en baldón y escarnio de la gente del mar de nuestra nación. Por espacio de dos años, como corsario real, navegaste los mares y tu nombro adquirió popularidad. Pero en 1720, cundió la noticia de que rasgaste el pabellón francés, enarbolando en su lugar pabellón pirata. ¿Lo confiesas?

—Confieso... con una salvedad, Excelencia.

—¡Primera vuelta! —gritó el magistrado.

El verdugo hizo rodar el torno. Los brazos de Narcisse Leblond fueron atraídos hacia atrás... Crujieron sus omoplatos y una densa lividez se enseñoreó del rostro del ex corsario:

—¡Confieso! —gritó Leblond.

—Detente, verdugo. ¿Cuál era la salvedad que querías hacer constar, Leblond?

—No rasgué el pabellón francés, sino que lo encerré en mi alacena de la sala capitana. Excelencia.

—“¡Hum”! —gruñó el magistrado—. Confiesa que al enarbolar pabellón pirata, no sólo te rebelaste contra la autoridad de Nuestra Majestad, sino que te apoderaste indebidamente de navío fragata destinado al tráfico corsario.

—Lo confieso, Excelencia.

—A fines del año 1720 hiciste colgar de las vergas del navío goleta “Saint Quentin” al capitán francés Levaillant, y sus dos primeros oficiales.

—Lo confieso, Excelencia.

—¡Me pasma tu desfachatez! ¿Reconoces haber ahorcado a franceses al servicio del Rey?

—Lo hice con toda la cortesía debida entre franceses, Excelencia.

—¡Segunda vuelta! —gritó el magistrado.

El torno rechinó y el cuerpo de Narcissse Leblond se distendió, gimiendo sordamente el supliciado…

—Detente, verdugo. En tus réplicas, pirata Leblond, serás comedido y sin sarcasmos de los que eres pródigo. ¿Reconoces que en el año 1721 te aliaste con el corsario inglés Redgrave para asolar, incendiar y saquear la francesa isla antillana de “Misericorde”?

—Lo confieso, Excelencia.

—¿Confiesas que estrangulaste a la hija del Residente francés de la isla antillana de “Misericorde”, después de tenerla presa y maltratada en el buque robado que convertiste en instrumento de piratería?

—La estrangulé, Excelencia.

—¡El colmo de la impudicia! —se atragantó el magistrado—. Mil muertes pocas serán para ti… ¡Pirata Leblond! Al confesar tus horrendos crímenes y escarnios, te haces reo de la peor muerte. Serás expuesto en picota en la plaza de Gréves parisina y después del tormento de rueda, serás fustigado, para que luego, descuartizado, tus restos sean aventados y echados como comida de perros vagabundos. ¿Tienes algo que alegar?

—Justo es que pague mis culpas, Excelencia.

—Tus hipócritas declaraciones, al parecer de arrepentimiento,

no mejorarán tu suerte. ¡Eres, pirata Leblond, la vergüenza y el oprobio de la nación francesa!

—¡Sí, Excelencia ¡ —aprobó, sonoramente, el pirata.

—¡Silencio, rufián! —se acaloró el Procurador general, que tuvo que desahogarse con una abundante toma de rapé.

No podía ya aplicar el torniquete al que habíase confesado autor do los verdaderos hechos que se le imputaban.

Pero miró con esperanza al joven esbelto, de rostro reflexivo y soñador, que ocupaba el instrumento de tortura vecino al de Narcisse Leblond.

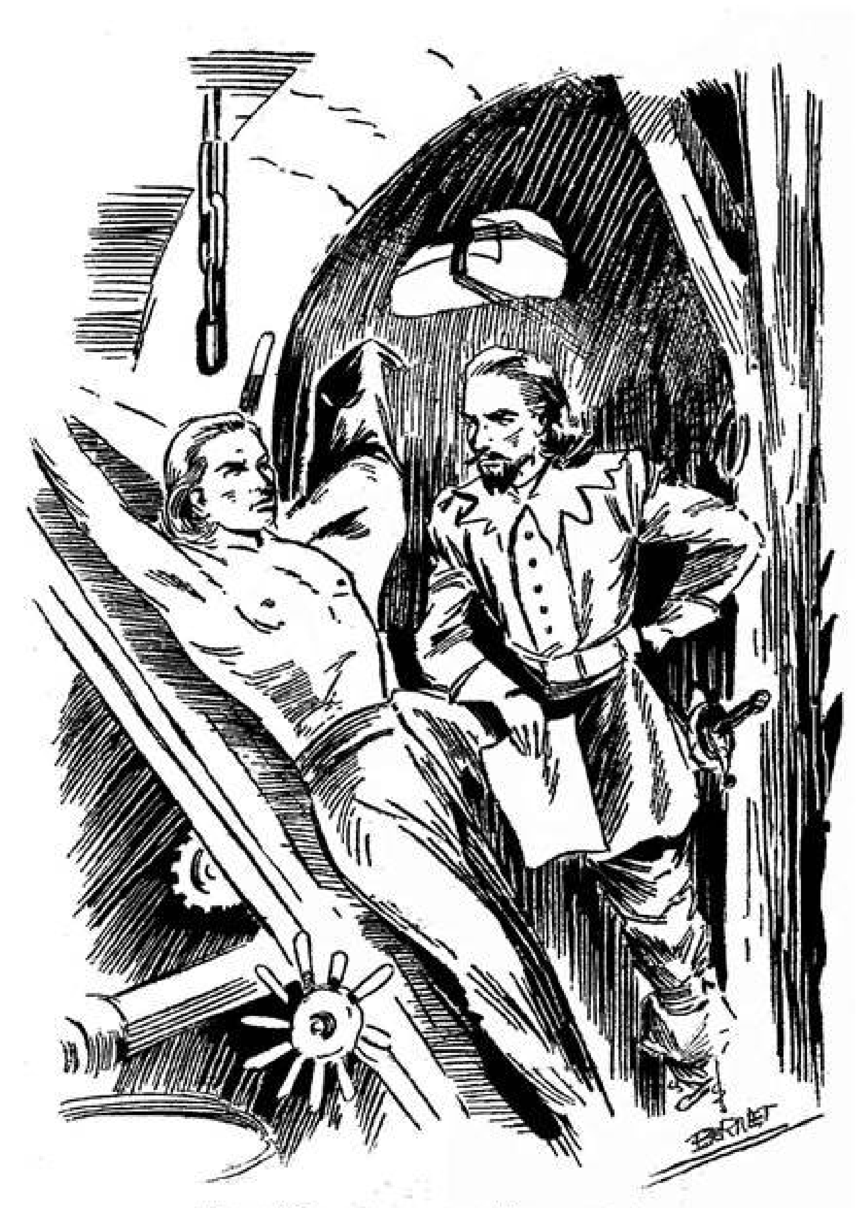
—Empezad con el segundo interrogatorio, señor secretario.

—Declare el interrogado si es o no es Cheij Khan, natural de Arabia, nacido en fecha ignorada.

—Lo soy.

—Declare fecha y lugar exacto de nacimiento.

Desde su detención, en la mente de Cheij Khan habíase ido plasmando la certidumbre de que había sido objeto de una celada por parte de Lyon d’Arcy.



Pero miró con esperanza al joven es belta...

Ignoraba con qué finalidades, pero comprendía también que debían ser graves las inculpaciones con las que debería enfrentarse.

Pensó también en que posiblemente Lyon d'Arcy habíase aliado con Julien Martel para que éste pudiera, sin trabas, efectuar su

secreto matrimonio con Gabrielle…

Replicó gravemente a la pregunta del secretario:

—Nací ha unos veintidós años en un oasis de Mogador. No conocí a mis padres, siendo recogido por un árabe domador.

Miró el secretario a su superior, que tomó la palabra:

—Estás acusado de haber dado muerte alevosa y malignamente, con ensañamiento y destrozo, en las personas de… de Marius Languedoc-y fué leyendo —, Jean Crecy, Julien Martel y Diego Lucientes, crímenes cometidos con la finalidad de raptar a la dama que es hija de una de tus víctimas.

—¡Falso! ¡Es inicua la acusación! ¡Inicuos quienes la repiten y malvados quienes la sostengan!

—¡Doble vuelta! —aulló el magistrado.

El verdugo, asiendo dos de las manillas que dentaban la rueda que a modo de timón ponía en tensión los nervios de buey unidos a las argollas rodeando las muñecas ya encadenadas de Cheij Khan, rodó…

Afianzó más sólidamente los pies, empujando con nuevo rigor. Uno de sus ayudantes abrió la boca sorprendido…

Veía perfectamente tensos los nervios de buey y, no obstante, la rueda no giraba.

Pequeñas gotas de sudor perlaron en la frente de Cheij Khan, mientras, agarrotados los bíceps, atraía hacia abajo las cuerdas de manojos de nervios irrompibles, destinados a empujar hacia atrás sus brazos.

Repitió:

—¡Inicuos y malvados quienes sostengan que di yo muerte a Diego Lucientes!

—¡Verdugo! —gritó el Procurador general, en el paroxismo de la indignación—. ¿Tendré yo que descender a enseñarte tu oficio?

Hizo una seña el verdugo y sus dos ayudantes precipitáronse sobre la rueda. El triple esfuerzo no logró hacer girar el torno…

—Te será retirada parte de tu paga, por no tener tus instrumentos en estado de trabajo-dijo, severamente el magistrado —. ¡Trasladad al reo al otro cepo!

Narcisse Leblond había ladeado la cabeza al observar que no se oía el rechinar del torno…

Miró con creciente admiración al joven que sin voluminosidad

aparatosa en su presencia, era capaz de impedir que actuara el mecanismo supliciante.

—Excelencia-dijo el secretario —, Creo que el reo está haciendo uso sus poderes de mágica fortaleza. El torno acciona normalmente.

—¡No es posible! ¡Hombres mucho más fuertes... el propio Leblond... no pueden impedir la acción del torno!. ¡Trasladad al otro cepo al reo! ¡Presto!

Los cuatro alabarderos sujetaron las cadenas y el verdugo acortó el grillete, antes de soltar las amarras que mantenían reclinado contra el lecho especial al interrogado.

Poco después, quedaba Cheij Khan tendido semiverticalmente en el otro instrumento colocado a la izquierda de Narcisse Leblond, por cuyos delgados labios vagaba una sonrisa divertida.

—¡Doble vuelta! —exigió, impetuosamente, el magistrado.

Tras vanos esfuerzos, el verdugo miró suplicante hacia el estrado...

—Es diabólico-murmuró el Procurador general —. Estamos presenciando un hecho inaudito y que demuestra que ese árabe tiene pacto con ocultas y mágicas fuerzas sobrenaturales. Imposible es que con la única fuerza de sus brazos pueda contener el impulso del torno, manejado por tres hombres vigorosos y experimentados. Proceded vos mismo, señor secretario, a la lectura de los cargos y testimonios, y consultaremos después el tormento que debe aplicarse, o si pertenece al Alto Tribunal de Brujería y Hechizos, el interrogar a ese reo.

El secretario aprobó mudamente, con halagadora expresión admirativa.

—Siendo testigos los señores d’Arcy, el señor marqués de Ferjus, la señorita Gabrielle Lucientes, y el maestre Pavolini, refrendan sus cargos acusatorios, declarando que el llamado Cheij Khan, ha llevado a cabo sus amenazas con las que importunaba a la castellana de Civry desde hacía dos años, acosándola por doquier y jurando muerte y exterminio de los que se oponían a su insana pasión.

Suspiró el secretario, mientras Cheij Khan, dilatados los ojos, escachaba con suma atención.

—En la tarde de ayer, y a su manera característica que le delata, dió muerte al pintor Julien Martel, prometido de la castellana de

Civry. Después, al ser enviados los “prevosts-d’armes” Marius Languedoc y Jean Crecy, al servicio del castillo, a la búsqueda del pintor, dióles también cruel muerte, destrozándolos contra un árbol. Más tarde, a culatazos quebró el cráneo de Diego Lucientes, llevándoselo a Nançón, donde signen las pesquisas para el hallazgo del cadáver, que-se supone no será hallado, por haber sido arrojado al río, según afirma el principal testigo señor Lyon d’Arcy, caballero que ha contribuido con su eficaz ayuda al esclarecimiento de los hechos. De estas cuatro muertes alevosas y con ensañamiento, responderás tú, Cheij Khan, reo de sentencia. Firmado y rubricado en diligencia previa de interrogatorio.

—Confiesa, reo... —dijo, ceñudo, el Procurador general.

—¡Mientes tú y cuantos me acusan!

—¡Lleváoslo a la celda! —ordenó el Procurador general—, ¡Presto! ¡Y al pirata Leblond! ¡Los dos en la celda de castigo y espera de segundo interrogatorio!

Con un exceso de precauciones, el verdugo, los ayudantes y los alabarderos separaron del cepo a Cheij Khan.

Acortaron aún más el grillete, con lo cual cada paso del hijo del Pirata Negro le permitía avanzar tan sólo unos centímetros.

Seguía Narcisse Leblond sonriendo divertido, cuando, con menos temores, los cuatro alabarderos vinieron en su busca para conducirlo a la “celda fatídica”, donde ya estaba encadenado Cheij Khan.

Capítulo V

La celda fatídica

El hombre que quedó encadenado junto a Cheij Khan era el prototipo de la audacia aventurera puesta al servicio de un carácter avieso, perverso y cruel.

Narcisse Leblond había nacido hacía treinta y cinco años en París bajo una de las arcadas de puente en las que pulula el hampa mísera del Sena, había lanzado su primer vagido, y pronto se convirtió en niño mendicante durante el día, para, ya adolescente, ser uno de los que dirigía una pequeña cuadrilla de ladronzuelos.

Sus ojos rasgados, de comisuras estrechas, las cejas finas, espesas en el caballete de la recta nariz, afinándose en oblicuo trazo hacia arriba la puntiaguda barbilla y los delgados labios, concedían a su rostro un aspecto mefistofélico.

Un mísero que antaño conoció mejores tiempos le apodó “Mefisto”, y pronto el apodo “Mefisto” se hizo temible entre el hampa como sinónimo de una joven inteligencia maléfica.

Hasta que una corsaria, sorprendiendo en su casa de campo, y con ocasión de una escala de reposo, al joven ladrón mientras estaba desvalijando sus armarios, demostró primero intención de dar muerte al hampón.

Pero el gracejo con el cual Narcisse Leblond supo replicar a las amenazas de la corsaria fueron interesando a ésta. El aspecto de Leblond, con su cabellera rubia de tonalidad clara y brillante, sus miembros proporcionados y la diabólica belleza varonil de su rostro interesaron a la aventurera.

El resultado fué que convirtióse en el “chevalier servant” de la famosa corsaria, y también pronto adquirió renombre como espadachín y luchador avezado a todas las malas artes de la pelea

desleal.

Aprendió la ciencia marinera y enamoróse del mar, como si en él hallara olvido a los años de miseria y continuo desafío a las rondas nocturnas, transcurridos en medio de mugre, enfermedades y lacras.

En un combate murió la corsaria, y pasó “Mefisto” a ser uno de los escoltas del corsario que sucedió en el mando a la difunta.

Navegó después como lugarteniente en otra nave, y, por fin, obtuvo lo que se había prepuesto.

Fué nombrado capitán de la nave fragata corsaria “Tonnerre”. Pero el fácil renombre que adquirió como joven corsario no le satisfacía porque debía dar cuenta de sus singladuras y sus actos.

Izó pabellón pirata, ondeando como enseña un diablo bordado en violeta sobre fondo rojo. Había hilos de oro en el bordado que simulaba cabellera del genio infernal, y la palabra “Mefisto” substituyó en letras de madera roja a la antigua de “Tonnerre".

Prontamente consiguió que su fama de pirata repercutiera por todas las islas antillanas francesas, y colmó la exasperación del Rey la noticia de que su antiguo corsario, al cual él mismo había entregado una nave fragata, se aliaba con un corsario inglés, el famoso Ted Redgrave, para saquear islas francesas.

Y de pronto..., inesperadamente, en la ciudad de Angulema, era capturado mientras estaba durmiendo en un mesón el famoso “Mefisto”...

No se habían aclarado las causas que misteriosamente habían atraído al denigrado pirata al propio suelo donde su nombre y apodo corrían de boca en boca con furiosa reprobación.

Este era el hombre que ahora, sentado cerca de Cheij Khan, miraba a éste con evidente admiración.

—Mis plácemes, joven bigardo. Si no lo hubiese visto, no lo creería. Tus músculos deben ser de puro hierro.

Guardó Cheij Khan silencio, y el pirata, tras esperar unos instantes, prosiguió:

—Pero así como admiro tu vigor excepcional, repruebo tu descortés y estúpido comportamiento ante sus excelencias.

Cheij Khan miró sombríamente al que le hablaba.

—Calla-dijo, lacónicamente.

—¿Con quién voy a hablar, si me callo? Estamos los dos solos,

imberbe doncel. De mí aprenderás muchas cosas que buena falta te hacen. Primera lección: doy por cierto que es la primera vez que te encuentras ante jueces y en la sala de las cosquillas. Deberías saber que cuando el tribunal acusa es porque no le queda la menor duda de que está en lo cierto. ¿Para qué, pues, desengañarle? Hay que darle toda la razón, y no obstinarse en negar lo evidente. ¿Qué consigues con negar aunque tus protestas parezcan sinceras? Ellos no han conseguido nada, porque tú inutilizaste el potro camero. Pero esta noche o mañana te volverán a pedir amablemente que afirmes, ayudándose con púas o algún otro gracioso invento feudal.

Miró Leblond críticamente a su compañero circunstancial.

—No intentarán de nuevo luchar en vano con tus brazos. Seguramente te destinarán las botas que machacarán tus pies, dejándote incapaz de andar sobre ellos, y arrastrándote tendrás que ir a la picota. O quizá te introduzcan agua sin cesar en la barriga, hinchándote hasta que por espacio de varios días tus sienes parezcan deseosas de reventar. Y, al final, ¿qué?.. Confesarás igualmente.

—Yo no cometí las muertes de que me acusan.

—Hombre… —y hubo reproche en la voz del pirata—. Aquí estamos en confianza, joven bigardo. Está feo que te comportes conmigo como si yo fuera un birrete tribunalicio. El hecho de que hayas matado a cuatro imbéciles no me causa más que hilaridad, porque en el fondo hay una mujer, y también es una mujer la que aquí me tiene, a mí que siempre las desdeñé.

Cheij Khan luchaba contra un furor íntimo, que le hacía por vez primera conocer toda la amargura de la injusticia.

Una amargura que le conduciría a ser un temible pirata que infestaría el Caribe…

Y para llegar a este resultado había sido preciso que en su camino se cruzaran dos genios del mal: Lyon d'Arcy y Narcisse Leblond.

—Si te obstinas en negar, joven bigardo…

—Mi nombre es Cheij Khan.

—No dejas por esto de ser un joven bigardo, y este es el máximo elogio de que dispongo. Pues, como te decía, si logras romper algún otro instrumento de tortura, no evitarás llegar a la plaza de Greves convertido en una pulpa sanguinolenta y sufriendo como un

condenado mientras esperes en la celda fatídica. ¿No sabes cuál es 1a celda fatídica? Es ésta. Igual, al parecer, a todas, pero con una diferencia. De ésta sólo se sale para ir al patíbulo, con gran pompa y refuerzo de guardias, y gran asistencia de público.

—Tú, cobardemente, dijiste que sí a cuanto te decía el juez. ¿Es esta actitud de hombre entero?

—No. Es actitud de hombre listo. Y tendré que darte lecciones. Me interesas, joven bigardo. Contigo como guardia especial, caerían muchos desprevenidos que no acudirían si me hiciera rodear por escolta numerosa. Para distraer tus malos pensamientos, te contaré la razón por la cual comparto contigo la celda fatídica.

Intentó Leblond ladearse, pero las sólidas cadenas se lo impedían. Limitóse a reclinar, 1a nuca contra la pared, y, entornando los párpados, evocó después:

—Tan sólo hace tres meses la vi por primera vez. Era española, de la granadilla región. Su piel era nácar y sus ojos brasas trágicas entre moradas ojeras de llanto o noches desveladas. Su cabello tenía negrura de dolor, pero en su risa, forzada, había como desafío al Destino. Pasó por mi lado en la angosta callejuela de una pequeña ciudad antillana. Con mis mejores modales me acerqué a ella, y, destocándome, le pregunté si por azar su padre era escultor. Ella, sorprendida, me replicó que no, y por buen corazón quiso informarse de si buscaba yo a un escultor. La repliqué que, aunque ella lo negara, su padre tenía que ser forzosamente escultor, ya que una obra tan bonita sólo podía labrarla un genio amante de la belleza, que en su hija creara la mejor de las obras. Se enojó e hizo ademán de abofetearme... Nerviosa. Era nerviosa...

Cheij Khan no escuchaba ya. Una fría cólera le iba invadiendo, contra Lyon d’Arcy, contra el marquesito de Ferjus...

—Se marchó y yo quedé prendido. Su cuerpo era una estatua de carne prieta, voluptuosa... Averigüé quién era. Se llamaba Soledad, y, huérfana, vivía con unas tías gruñonas. Me marché planeando un próximo ataque a la isla. Pero fui estúpido, ya que el amor ciega. Me olvidé de asegurarme que ella residiría permanentemente en la isla. Al mes siguiente ataqué, pero la paloma había volado del nido. Hábilmente interrogada a punta de cuchillo y con astillas encendidas una de las parientes gruñonas, que quedó incólume debido a su extrema fealdad, me hizo saber que Soledad había

partido en un galeón francés, con rumbo a Brest, de donde iría a Toulouse, ciudad en la que un rico mercader de granos antillano deseaba instalar un “comptoir” a cuyo frente ella estaría. ¿Qué hubieras tú hecho, joven bigardo?

Cheij Khan continuó en silencio, absorto en sus pensamientos.

Narcisse Leblond, que más que narrar evocaba en voz alta, comentó burlón:

—Tu silencio es la respuesta más; sensata. Pero yo no fui sensato. Decidí ir a Toulouse, tierra muy adentro, donde mi “Mefisto” no podía llegar, y raptar a mi Soledad. ¿Ves?.. Los dos hemos caído en la “celda fatídica” por culpa de una mujer que se nos resiste.

Miró Leblond de reojo al otro encadenado.

—Escucha, joven bigardo. ¿Qué darías tú por verte libre? ¿Qué darías por poder raptar a tu esquiva y matar a quienes han declarado contra ti?

—¡Daría lo imposible! —dijo sordamente Cheij Khan.

—Los árabes tienen justa fama de cumplidores de su palabra. Si yo consiguiera tu libertad, ¿podría contar con que cumplirías lo que yo te exigiera?

—¿A qué soñar? Sabes que de aquí no podemos escapar.

—De aquí, no. Pero tengo una fórmula mágica. No estoy loco. Antes de internarme tierra adentro, les dije a mis piratas: “Reunión en Palacio”. Ellos saben lo que esto significa. Y te lo contaré a su debido tiempo. Tú puedes ayudarme, si yo te ayudo. Seguramente de aquí serás conducido conmigo a París, para que en la plaza de Greves sirvamos de diversión a la honrada burguesía. ¿Por qué crees que yo, en vez de escupir al magistrado asnudo, le repliqué tan gentilmente? Porque quiero salir de esta celda con los huesos enteros. Y yo estaré también presente en tu segundo interrogatorio, porque deberán ahora indagar las causas por las que he venido a suelo francés.

Hizo una pausa el pirata, para añadir, riendo:

—Me acusarán de haber venido para complotar contra el Estado francés. Y yo les daré toda la razón. Sí, señores jueces, todo lo que vuestras mercedes quieran. Soy un buen chico que a todo dice que sí. ¿Para qué decir que no? Después sería imposible que triunfara la “Reunión en Palacio” si no pudiera yo mover ni brazos ni piernas.

¿Tú quieres volver a ser hombre libre?

—Necia pregunta,

—En efecto. Quieres. Puedes. Pero si tus pies o miembros sufren deterioro, ya no me sirves, y, por tanto, para ti no habrá “Reunión en Palacio”. Comprende que, por más que niegues, nada evitarás. Al contrario, sólo lograrás que te estropeen la anatomía. Y tu anatomía es la que me sirve. Tu aspecto es de trovador incapaz de matar una mosca. Y tus músculos pueden derribar a muchos esbirros. Yo no quiero arriesgarme más por suelo francés. Tú podrías llegar hasta Toulouse, raptar a Soledad, cuyas señas te daría, y traérmela donde te dijera. Este es el precio de tu libertad. Después, podría darte enrol a mi bordo, como personal escolta.

—¡Dame libertad para vengarme, y cumpliré cuanto me ordenes! ¡Palabra de Cheij Khan!

—Hablaremos de ello si regresas del segundo interrogatorio incólume, y reconoces que posees las artes mágicas de los infieles mahometanos. Esto te dará el pasaje hacia París…, y allí, allí “Reunión en Palacio”.

Capítulo VI

Decisiones

—En el segundo interrogatorio lo confesó todo. No ha sido aún trasladado a París, donde será descuartizado en la plaza de Greves, porque el Rey se halla en sus cotos de Grande-maison, y no regresará hasta mediados del próximo mes. Confesó el incalificable criminal, que arrojó el cadáver de don Diego Lucientes al río, y que se disponía a aguardar a que la noche estuviera más adelantada para raptar a la señorita. ¿Os dais cuenta, mi buen Laurent, de la perversidad de este monstruo inhumano?

Y Lyon d'Arcy condensó en su gesto una infinita expresión escandalizada, como si le resultara imposible creer que pudiera existir tanta maldad en un ser humano.

El mismo gesto lo repitió Etienne Laurent, pero con sinceridad de hombre bondadoso.

—Fué una captura difícil, señor d’Arcy-comentó el anciano con un deje de satisfacción —Y me congratulo de haber avisado a los mosqueteros de la patrulla, ya que, en caso contrario, hubiera escapado “El Chacal”. Al menos, aunque sea triste consuelo, siempre queda el de saber que los horrendos crímenes no quedan impunes.

—Vuestra justa indignación es compartirla por el marqués de Ferjus y su maestro de música.

—Es natural que dos espíritus selectos, dedicados al arte, se horroricen ante una muestra de tamaña crueldad insana.

—Cuando les conté lo sucedido, expresó el marquesito su sensato parecer. Él ya había manifestado, tan sólo unas horas antes, el deseo de que fuera yo a avisar a los mosqueteros. Estimaba que se leía en el rostro de Cheij Khan el carácter del hombre

típicamente despreciativo de la vida humana. Dijo que aquella expresión la conocía ya por haberla visto en el propio rostro del conde Ferblanc. Expresión de fría inexorabilidad…

Interrumpió Lyon d'Arcy su conversación con el anciano preceptor porque entró en el salón Gabrielle Lucientes.

Vestía enteramente de negro, y su rostro aparecía demacrado por la huella de una noche desvelada pasada en congoja infinita y en sensaciones de agudo dolor que se le antojaba nadie más que ella en el mundo podía soportar sin morir.

Agotada, nerviosa espiritualmente, desplomóse en un sillón, rechazando el ademán con el cuál tanto Laurent como el gascón se precipitaban para sostenerla.

—He tomado una decisión, amigos míos. No es repentina, y ya manifesté en la ciudad de Brujas mis deseos de tomar los hábitos y apartarme de la vida terrenal…

—Pero…

—Callad, mi buen Laurent. No podría ya resistir el contemplar esos muros entre los que viví feliz… hasta que por mi culpa el luto empañó para siempre el bosque de Civry.

—No digas eso, Gaby… —murmuró Laurent—. En nada de lo ocurrido has intervenido.

—¡Sí! Por mi necia actitud han perdido la vida tres hombres inocentes y he quedado huérfana…

Los sollozos no la dejaron continuar, y abandonó la estancia, mientras Etienne Laurent quedábase entristecido.

Lyon d'Arcy, poco después, llamaba en la puerta de la antesala a las habitaciones de Gabrielle Lucientes.

—Antes de partir para mis tierras, señorita-dijo taimadamente el gascón —,os ofrezco mis servicios paya acompañaros al convento que elijáis. Poco seguras son las carreteras y nadie os queda para vigilar por vuestra existencia.

—Os lo agradezco, d'Arcy. Y aceptaría, pero ya el señor notario de Angulema me ha brindado escolta.

_¿Puedo inquirir amistosamente cuáles son las decisiones que habéis tomado?

—El castillo será vendido, y lo que de la venta se obtenga será destinado a fundar un orfelinato que lleve el nombre de mi padre. Del resto de los bienes he apartado lo que os prometí, y que en

carta de pago podéis recoger del señor notario Fripon. Con el resto he instituido mi dote de novicia. Mañana partiré hacia el convento "Béguinage", de Brujas.

Y al día siguiente, Gabrielle Lucientes partía hacia la ciudad muerta y melancólica, en uno de cuyos conventos de más severa clausura ingresó.

* * *

Lyon d'Arcy mostró la carta de pago a Messire Niccolo Pavolini. el cual sonrió, brillantes los ojos.

—Sois ya, señor d'Arcy, un hombre rico.

—Y vos tendréis lo prometido, por haber declarado tal como os aconsejé, y haber convencido al marquesito de que su obligación era colaborar en el castigo del malvado.

Niccolo Pavolini deslizó una mirada en la que se mezclaba temor y codicia hacia el gascón.

—El marquesito y yo partimos hacia París mañana. Si no os molestase, quisiera recibir el dinero que me prometisteis lo antes posible.

—Esta misma tarde. Esperadme en el cruce del camino de...

—¡No!

El grito del napolitano expresó tanto pánico, que Lyon d'Arcy emitió una risotada burlona. .

—Estáis seguro, messire. Estando preso "El Chacal", ¿cómo se explicaría vuestra muerte?

—Yo os aguardaré en el castillo acompañado por el señor marqués, esta tarde. Entregadme el dinero cuando os despidáis de nosotros, y mi boca siempre estará cerrada.

—Os aconsejo que siempre mantengáis cerrada, porque, si no..., ya sabéis quién soy.

—Os juro que nunca diré nada...

—Sé que es tanto por miedo como por gusto al oro por lo que os callaréis que me visteis... en el bosque de Civry cuando las muertes de Julien Martel, los dos espadachines y el señor Lucientes.

Messire Niccolo Pavolini miró a su alrededor. Le tranquilizó observar que, a poca distancia, Toinon Lemarchand, el pastor, tocaba el caramillo, en pie sobre una roca.

No había, pues, posibilidad de que él corriera peligro estando un testigo. Susurró, avieso:

—Os advierto, señor d'Arcy, que si yo muriera violentamente a vuestras manos, firmaríais con ello vuestra propia sentencia de muerte.

—¿Pretendéis acaso asustarme, malandrín? —inquirió d´Arcy, majestuosamente, mirando con fiereza al músico.

—Mutua seguridad, señor d'Arcy Podíais tener la tentación de silenciar para siempre al que fue testigo de que no "El Chacal" sino vos...

—¡Callad, deslenguado!

—Está escrito, y en sobre lacrado, con una nota que dice que, en caso de mi muerte violenta sea abierto, cuanto aconteció, y confieso mi infamia... y la vuestra.

—No será preciso que nadie abra esta carta. ¿Quién la tiene?

—En manos de un familiar en Nápoles irá. Esta decisión la tomé para salvaguardar mi vida.

—Hicisteis bien, hombre prudente. Adiós, messire.

—Hasta esta tarde, señor d'Arcy.

Y cuando Lyon d'Arcy se despidió para marcharse a Gascuña, quedóse Pavolini satisfecho, por haber sabido inventar una carta y un familiar inexistentes.

Capítulo VII

El resucitado

El abate Mignard bendijo la unión matrimonial de Valéry Corbró y Boulotte, hija de padres desconocidos.

Una perfecta compenetración habíase establecido entre el vagabundo charlatán y la moza arisca que por amor se entregó.

La aldea del Nouvion era riente y amable para los recién casados, los cuales decidieron abandonar la vida trashumante para aceptar la oferta que un terrateniente les hizo por mediación del abate Mignard, quien consideraba a Valéry Corbró como un hijo adoptivo.

Aceptaron ser los colonos cultivadores de dos hectáreas de terreno, y tuvieron hogar en una choza que fué ella adornando y embelleciendo rústicamente.

Valéry Corbró era feliz. Y, además, sentíase orgulloso porque había logrado el milagro de revivir al hombre del cabello rojo que agonizante había sido arrojado desde un caballo en los trigales del pueblo de Nançon.

Nançon quedaba ya lejano. Había pasado un mes desde los acontecimientos trágicos.

Diego Lucientes vivía en un letargo de inconsciencia. La propia Boulotte con una cuchara, le daba de comer al hombre cuya identidad desconocía.

El armatoste de yeso y varillas habíase endurecido formando coraza pétrea alrededor del cuello, donde dos vértebras habían recibido los atroces culatazos propinados por Lyon d'Arcy.

Boulotte solía manifestar reiteradamente su opinión:

—Dirás lo que quieras, Valéry, pero este pelirrojo no puede ser un gran señor, y no obtendrás recompensa por haberlo salvado.

—¿Por qué no puede ser un gran señor? —preguntó él, sonriendo.

La cicatriz de la frente, el antebrazo que le falta y que substituye por esa ingeniosa coraza con brazo artificial, las palabras que murmura...

—No las entendemos, porque habla en español.

—Algunas veces habla en francés, y son escalofriantes sus amenazas... Habla de chacales, de piratas, de torturas...

—Puede ser un capitán de fuerzas reales. Lo cierto es que posee una vitalidad extraordinaria. Otro hombre en lance semejante, hubiera perecido.

—¿Por qué no has querido que ni el propio abate supiera que llevábamos en la carreta al pelirrojo?

—Prudencia... Este hombre pudiera ser un maleante. El tiempo dirá, que el tiempo todo lo arregla.

Dirigíanse Corbró y su esposa, un domingo, a la casa del abate Mignard, donde almorzarían, como todos los domingos, en compañía del buen cura, cuando el cayado en que se apoyaba Corbró convirtióse repentinamente en estaca al esgrimirlo en defensa.

Boulotte retrocedió para protegerse tras las espaldas del antiguo sacamuelas.

Un mosquetero, espada desenvainada, acababa de surgirles al paso, y, cruzándose en la senda, intimaba:

—¡Daos preso, Valéry Corbró!

El aludido, hoscamente, si bien depuso su actitud amenazadora, manifestó, con tranquila entonación:

—Cualidad de la caballera lealtad mosquetera es anunciar las razones por las que desenvainan el acero contra seres inocentes, de conciencia tranquila.

El mosquetero, mostachudo y jovial, sonrió, pero continuó vigilando, espada en mano, mientras su zurda señalaba a Boulotte:

—Quizá yo también habría pecado, Valéry Corbró. Pero hace ya un mes que tras vuestra pista voy desde Nançon. Al fin, un zagal me ha informado.

—Os ruego me digáis de qué se me acusa.

—De rapto-y volvió a señalar el mosquetero a Boulotte. Respiró tranquilizado Corbró.

El mosquetero miró admirativamente de nuevo a la lozana moza, y añadió, bonachón:

—Los meses de presidio que os otorguen por haber raptado a una inocente de seso, bien valen la felicidad que percibo reina en el semblante de la llamada Boulotte.

Valéry Corbró atajó la galantería picaresca del que venía a detenerle: —Estáis hablando de mi esposa, señor mosquetero.

—¿Vuestra esposa? Graciosa idea, pero no tratéis de engañarme. Yo no soy vuestro juez, sino vuestro aprehensor.

—¿Os bastará el testimonio del señor abate que nos unió en lazos matrimoniales apenas hubimos llegado a Le Nouvion? No rapté a la que es mi esposa. No tenía allí familiares ningunos, sino crueles campesinos que la hacían trabajar por un mendrugo de pan, y gañanes que pretendían abusar de ella. Me la llevé, y ahora somos marido y mujer, y nadie puede separarnos. Si el zagal os ha informado, os habrá dicho también que trabajamos honestamente como colonos, y tenemos casa bendecida por la honestidad.

El mosquetero envainó, y, destocándose el chambergo, saludó a Boulotte con amplio ademán, que finalizó colocándose el chambergo en el pecho.

—Vuestro servidor, señora. Mi enhorabuena a ambos. Pero excusadme si os ruego que me acompañéis a casa del señor abate, quien deberá escribir cuanto me habéis dicho, para que de ese testimonio me sirva al yo volver a Angulema. Y os advierto, señor, que si habéis intentado burlaros de la galantería y cortés buena voluntad de un mosquetero, os escocerá.

Rió Corbró, que, enlazando por el talle a su esposa, dirigióse hacia 1a casa del abate Mignard, mientras tras ellos el mosquetero acariciábase los bigotes, lamentando no haber visto antes a la “tonta del pueblo”.



Un mosquetero, espada desenvainada...

El abate Mignard satisfizo cuantas preguntas le hizo respetuosamente el mosquetero, y cuando éste introdujo en su escarcela el documento firmado por el cura, éste invitó:

—Quedaos vos a comer con nosotros, señor mosquetero.

—Bastante os impuse mi desagradable presencia.

—Aceptad —apremió Corbró, quien llevaba una segunda intención al reiterar la invitación.

Y su segundo intención se vió colmada cuando, mediando la comida, el propio mosquetero, puesto en verbo por el vino y la suculenta comida, expuso:

—Por cierto, que el mismo día en que vos abandonasteis Nançon con la que iba a ser vuestra deliciosa esposa, cuyas manos beso, ocurrieron luctuosos sucesos, cuyo epílogo se desarrollará próximamente en la plaza de Greves, con el ajusticiamiento del malhechor.

El propio cura, inconscientemente, ayudó a la curiosidad que ambos esposos disimulaban:

—Contad, señor mosquetero. Por esos pueblos de Dios suceden tan pocas cosas, por merced del Cielo, que aviva mi curiosidad el saber lo sucedido en Nançon.

—Un vagabundo árabe dió muerte alevosa a un pintor de fama, a dos maestros de armas y a un español propietario del castillo de Civry. Cuatro muertes alevosas.

—¿Motivo?

—El amor, señor abate-y rió el mosquetero —. El amor es muchas veces culpable de grandes crímenes.

—O de grandes felicidades... —y el abate señaló a la pareja.

—Brindo por ellos-y el mosquetero alzó su copa, que vació con gran placer.

—Decís que el amor fué el culpable... —invitó Corbró.

—Sí... No me retracto, que nunca mosquetero hubo que denegase lo que sustenta. Resulta que el castellano de Civry tenía una hija encantadora..., magníficamente seductora..., con vuestra venia, señor abate. Y el vagabundo árabe, apodado “El Chacal”, la pretendía de amores, negándose ella. “El Chacal” varias veces amenazó con raptarla...

Entornó los ojos el mosquetero pura engullir un muslo de pollo en cuatro mordiscos, ayudándose después con una copa.

—Seguramente soplaría ene vientecillo de tramontana que acalora la sangre, con vuestra venia, señor abate..., y la fiera dormida que rumiaba en “El Chacal” se despertó. Para poder raptar a la hermosa dió muerte al pintor, que era prometido de su deseada..., con vuestra venia, señor abate..., y a los demás que podían impedir el rapto. El cadáver del señor Diego Lucientes, padre de la hermosa, no ha sido hallado. “El Chacal” confesó haberlo arrojado al río después de desnucarle a culatazos. Y el río habrá llevado el cuerpo al mar. Fechorías que merecen la sentencia de descuartizamiento impuesta contra el malandrín criminal. Pudo haber raptado a la bella sin matar a nadie, ¿no os parece, señor abate?

—Raptar... —y sonrió el cura—. ¿No veníais vos a detener a Valéry, acusándole de rapto?

—El servicio de la Ley es muchas veces contrario a los dictados del corazón, señor abate. Como hombre pecador, perdono a los que raptan por amor.

—¿Qué fué de ella? —inquirió Boulotte, interesada en la narración del mosquetero.

—Ha muerto.

El abate inclinó la cabeza, compungido.

El mosquetero sirvióse una nueva ración de carne.

—Ha muerto para el mundo, ya que ingresó en un convento cerrado a canto y piedra de la ciudad de Brujas. El convento del “Béguinage” para jóvenes francesas

—Repudio esta afirmación, señor mosquetero. Siempre he manifestado mi desaprobación para la costumbre que tiene el pueblo francés de decir que una persona ha muerto porque reviste hábitos sagrados, cuando es precisamente vivir eternamente.

—Costumbre de gente pecadora, señor abate. Yo, personalmente, estimo que es morir de antemano buscar el paraíso en la tierra entre los frío muros conventuales.

—Quizá tengáis razón si pensáis que es mucho más difícil vivir santamente en el mundo, que en un convento, donde todo alienta paz de espíritu.

—¿Y decís, señor mosquetero, que “El Chacal” será ajusticiado?

—Mañana, en la plaza de Greves parisina, porque ya el Rey, nuestra majestad-y saludó el mosquetero-ha regresado de Grandemaison, en cuyos cotos cazaba.

* * *

De regreso a su casa, y ya habiendo marchado el mosquetero, Valéry Corbró entrando en el zaquizamí donde tendido dormitaba Diego Lucientes manifestó:

—¿Ves, Boulotte? Es un gran señor. Un propietario de castillo. Seremos recompensados.

—Tú lo has resucitado.

—Remedié lo que hizo “El Chacal”.

—¡“El Chacal”!... —gritó Lucientes ojos cerrados.

Ambos esposos quedaron en silencio. Era la primera vez que el malherido manifestaba síntomas de renaciente vigor, con el grito.

Hasta entonces sólo deliraba, murmurando palabras inconexas.

Inclinóse Corbró, y, ayudado por su esposa, colocó sentado al que, con cuello envarado, abrió los ojos, cuya vaga mirada trataba de concentrarse en los dos desconocidos.

—¡Repámpanos!... —murmuró Lucientes con voz casi normal—. ¿Quién me sujeta por el cuello y quién me aferra las muñecas y los pies?

Parpadeó unos instantes, mientras iba mirando frente a él,

tratando vanamente de girar el cuello, inmovilizado en el dogal curativo al cual debía la vida.

—¿Qué celda es ésta? ¿Qué delito cometí, que no lo recuerdo?

Valéry Corbró adoptó el mismo aire doctoral que había visto era peculiar en su maestro de cirugía cuando éste trataba de calmar a un doliente.

—Vos habéis estado al linde de la muerte, señor. Pero ahora estáis a salvo.

—Vos, ¿quién sois?

—Valéry Corbró, antiguo ayudante de cirujano. Os recogí en graves circunstancias en el pueblo de Nançon y aquí os trasladé, a este pueblo de Le Nouvion.

Desistió Lucientes de intentar moverse, y pudo contemplar sus piernas atadas al camastro en que se hallaba sentado y sus muñecas rodeadas por cuerdas, así como su busto.

—No entiendo nada de eso. ¿Por qué estoy preso?

—No estáis preso. Dejadme que os explique...

—No os he de interrumpir, con tal de saber a qué atenerme.

—Estábamos mi esposa y yo en el trigal que rodea por el Sur el pueblo de Nançon, cuando oímos el galope de un caballo, cuyo jinete, al que no divisamos, os lanzó al suelo entre las espigas sin detenerse, Teníais dos vértebras óseas de la columna vertebral quebradas en la basa cervical...

—Tenía la nuca hecha cisco. ¿Y qué más?

—No presentabais ninguna otra herida reciente. Os aseguro que en otro hombre cualquiera aquellas heridas, sin duda alguna producidas por una culata de pistola, hubieran bastado para matarlo en el acto.

—Ya desde pequeño todos aseguraban que tenía yo la cabeza muy dura.

Por el momento no se daba cuenta Diego. Lucientes de lo sucedido, ni vislumbraba la razón por la cual estaba allí, escuchando las explicaciones del que se le antojaba un carcelero.

El mes de letargo y la gravedad de su herida contribuían a dejar aún su cerebro como envuelto en nubes algodonosas, que no por eso le privaban de su habitual costumbre de tratar de enfocar las cosas aún más incomprensibles desde un punto de vista zumbón.

—En efecto, señor. Vuestra cabeza, o más propiamente

hablando, vuestra base craneal, es resistente. Por espacio de dos semanas oscilasteis entre la muerte y la vida.

—“Cogito, ergo sum", dice vuestro paisano Descartes, con lo cual, si el que piensa existe, el que habla está vivo. Deduzco, pues, que en feroz combate ganó la vida del séptimo gato que conservo celosamente.

—Vuestro buen humor es doblemente envidiable, señor.

—¿Por qué doblemente?

—Renacéis a la vida, y, después de una horrenda tragedia, que acabo de oír narrar.

—Narrádmela. Y así juzgaré.

—Según parece, había un vagabundo árabe que, enamorado de vuestra hija...

Fué como si una esponja húmeda disipara la pizarrosa negrura que cubría la mente de Lucientes.

—¡Mi hija! —gritó—. ¡“El Chacal”! —y su respiración se aceleró, mirando con fijeza a Corbró, el cual apresuróse a intentar calmar a su resucitado.

—Vuestra hija está sana y a salvo, señor. El mosquetero que vino este mediodía nos relató lo acontecido... El llamado “Chacal” dió muerte a un pintor, prometido de vuestra hija, y a dos maestros de armas. Después se dispuso a arrojaros al río cerca de Nançon, según su propia confesión, y poco después era detenido por los mosqueteros de Angulema, no sin que ofreciera seria resistencia, descalabrando a un capitán de mosqueteros y a seis de sus soldados antes de poder ser encadenado. Y mañana al amanecer será descuartizado en la plaza de Greves, en París.

—No puedo perderme esta ejecución. Tengo que presenciarla, porque este maldito traidor no ha matado sólo a tres inocentes, sino que ha matado el alma de mi hija. Dadme un caballo, que yo os pagaré con creces cuanto por mí habéis hecho, no por mí, sino por mi hija, que en su desamparo y sufrimiento necesita de mí. Quitadme ese dogal y las amarras...

—Partir ahora significaría una recaída quizá mortal, señor. No os debéis mover hasta dentro de diez días, en que os sacaré el enyesado y las varillas para colocaros la armadura de hierro que mantendrá inmóvil vuestro cuello hasta que se hayan solidificado lo suficiente vuestras rotas vértebras. Sabed que por ellas destila el

jugo medular cuya interrupción podríais causar moviendo el cuello. Por eso estáis así, para evitaros movimientos que en vuestros momentos de delirio hubiesen podido ocasionar la imposibilidad de solidificación.

—¿Cuánto tiempo llevo así?

—Un mes.

—¿Cómo es que mi hija no ha venido?

—Nadie sabe que estáis vivo. Todos os dan por muerto y suponen que vuestro cadáver fué al mar, llevado por la corriente del río en el que creyó arrojaros “El Chacal”.

—Entonces, razón de más para que vuele a ver a mi hija. Debéis dejarme partir.

—Sería para mí un cargo de conciencia, señor. No llegaríais lejos. Cabalgaríais pocas leguas… Vuestro cuello volvería a quebrarse.

—Agenciadme carroza.

—Es lo mismo. Cualquier movimiento repercutiría fatalmente en vuestras vértebras.

—¡Condenadas vértebras!…

—Tened paciencia, señor. Diez días más, y puesto en vuestro cuello el armazón de hierro, podréis cabalgar.

—Ponédmelo ya.

—No puede ser. Dentro de diez días estaréis a salvo. Ahora no haríais más que sucumbir por una prisa imprudente. Comprendo vuestros deseos de tranquilizar a vuestra hija, pero si allá fuerais no llegaríais, echando a perder la casi milagrosa curación que he podido conseguir.

Lucientes cerró los ojos.

—Sea. Esperaré esos diez días, y los pasaré más aprisa pensando en que los infiernos habrán acogido el cuerpo ajusticiado del condenado “Chacal”.

Capítulo VIII

Reunión en palacio

Narcisse Leblond epilogó con una sonrisa mefistofélica su evocación de una de las "hazañas" del "Mefisto" saqueando e incendiando sus tripulantes una goleta española en las Antillas, en su ruta hacia Puerto Colombia.

Día tras día iba narrando sucesivas acciones, en las, que con sádica fruición relataba sus fechorías, aunque siempre aseguraba que era un francés elegante, y, por lo tanto, en sus crímenes había la misma exquisitez que pondría un artista en finiquitar concienzudamente una obra maestra.

Cheij Khan, como siempre, oía sin prestar gran atención. Sólo pensaba en vengarse de la injusticia que estaba sufriendo.

Lyon d'Arcy era el principal causante. Y para él iba pensando sucesivamente distintas torturas prolongadas...

Después, el marquesito de Ferjus y su maestro de música. Y, por fin, podría aun caber un arco iris en su atormentada existencia, si lograba demostrar a Gabrielle que no era el autor de las muertes que le achacaban.

Y soportaba a Narcisse Leblond porque pensaba continuamente en la misteriosa consigna, que aún no le había el pirata aclarado en qué consistía.. "Reunión en Palacio".

—Y, por cierto, ya que de Puerto Colombia te hablo, puedo afirmarte, "Chacal", que constituyo la pesadilla del conde Ferblanc. Ese es un cerdo renegado que, de pirata, famoso, convirtióse en sabueso al servicio de los españoles. Manda en una legión de mercenarios que piensan poder reinar como amos y señores del Caribe. Mi barco les trae de cabeza...

—Hablas del Caribe y de tu barco como si hubieras de volver a

navegar. Ponto iremos camino de la plaza de Greves.

Narcisse Leblond miró irónicamente a su compañero de cadenas.

—“Reunión en Palacio”, ‘'Chacal”. A su debido tiempo sabrás, en qué consiste esta contraseña. Lo que sí puedes tener por seguro es que ni tú ni yo serviremos de diversión a los parisinos. Tú, porque puedes ser un eficaz ayudante para mí, y yo porque aun he de dar mucha guerra. Hay un guante que he recogido. El conde Ferblanc ha asegurado que me ahorcará él mismo, y yo quiero que el Caribe transmita el mensaje de que del mayor de los palos del “Mefisto” colgó el jactancioso conde renegado.

—Tú dijiste el otro día que nos trasladarán París en una carreta escoltada por numerosa fuerza, que tiene orden de matarnos si alguien pretende asaltar la comitiva.

—Así es.

—¿Cómo, pues, lograremos escapar?

—Los incrédulos creen en Narcisse Leblond cuando le ven salir libre de todo peligro.

—Dijiste que seremos encerrados en la torre del Chatelet. Y que de ella nadie escapa.

—Nadie escapa.

—Afirmaste que a los criminales notorios les escolta hasta el lugar de suplicio otra numerosísima escolta, que para lograr atravesarla precisos serían dos centenares de hombres,.. ¿Dispones tú de tantos hombres?

—La curiosidad es un vicio humano imperdonable.

—Soy indiferente a todo. Pero ahora se trata de una posibilidad de huir y poder vengarme, cumpliendo también con lo que te interesa: el rapto de la española Soledad.

—En el preciso instante, tendrás la explicación. No me mires como si fuera un visionario. Yo nunca he soñado. Soy hombre eminentemente apegado a las realidades, y te digo que en la contraseña “Reunión en Palacio” está la clave de todo. Y cuando libre andes por el mundo, sé que nadie volverá a apresarte. Por eso te doy libertad. Para que cumplas con nuestro convenio. Tendrás el humano derecho a vengarte, y por ese privilegio solo te pido me recompenses aportándome indemne a la española desdeñosa. Después, si lo quieres, plaza tendrás a mi bordo,.y conocerás la tierra de promisión bañada por las verdes aguas del Caribe.

—En Francia tendré quehacer.

—Tierra peligrosa para ti y para mí. Yo la abandonaré tan pronto tú me traigas el obsequio que vine a buscar.

* * *

Era costumbre por entonces, cuando se trataba de criminales famosos efectuar su traslado de una cárcel a otra o su transporte a la plaza donde debían ser ajusticiados, encerrarlos en carreta de sólidas barras, donde eran expuestos a las iras de los caminantes, que, además de insultos, arrojaban a veces piedras o basura, para con ello manifestar vigorosamente su reprobación indignada.

Leblond encadenado hombro a hombro con Cheij Khan en la carreta infamante, sonreía divertido.

Sus comentarios dirigidos en voz baja a su joven compañero tenían tono aleccionador:

—Ahí ves la mísera humanidad, chacal. Cuando pueden sin peligro golpearte se sacian sus bajos instintos. Son los mismos que me aclamaban cuando yo era corsario. Vil canalla que vitorea al vencedor y escupe al vencido. Pero no son parisinos, sino gente aldeana.

—¿Los parisinos te aclamarán?

—Me tienen aprecio. No se mancharán las manos arrojándome barro como el que mancha nuestros cuerpos y rostros, sino que se mofarán de mí con tanta espiritualidad que... me hará más mella que esas inmundicias. Pronto tendrá lugar la Reunión Palacio...

Cheij Khan acercó algo más su cabeza a la rubia del pirata.

La carreta tirada por bueyes avanzaba lenta y pesadamente. A su alrededor al paso de sus caballos le daban escolta un escuadrón de mosqueteros que relevaba en cada puente entrada de demarcación.

—Nos dan de comer como a dos fieras. Nos llevan enjaulados como malsanos y dañinos reptiles. Pero no hay abyección, cuando se siente desprecio hacia cuanto nos rodea. Y yo desprecio a la humanidad entera, Cheij Khan.

—No añadas más fuego a mi rencor contra los humanos Leblond. No juegues conmigo, dime ya lo que Reunión en Palacio...

—Reunión en Palacio significa...

E indiferentes ambos a los insultos con que eran acogidos al pasar entre las poblaciones de aldeanos, a las pellas de barro y basura que les iba cubriendo, cabeza contra cabeza fué averiguando

Cheij Khan lo significaba Reunión en Palacio.

Capítulo IX

Nuevos horizontes

En la ciudad de Brujas atravesando el dédalo de pequeños puentes que surcaban los canales, conduciendo a las laterales callejuelas, un extraño jinete despertaba la curiosidad de los transeúntes.

Hasta para el estólido espíritu flamenco ofrecía el desconocido un aspecto desusado.

No era el color rojo de los cabellos ni la cicatriz vertical que surcaba su frente desde el nacimiento de los cabellos hasta el entrecejo, lo que suscitaba la asombrada mirada de los habitantes de la silenciosa ciudad cuya voz eran tañidos de bronce de capillas y conventos.

Vestía a usanza de caballero, lo que llamaba la atención era la extraña gorguera que llevaba rodeando su cuello, y que le hacía erguir la cabeza en gesto orgulloso.

No era un coleto de encajes, ni tampoco la desusada prenda del siglo anterior que formaba a modo de circulo envarado bajo el cuello. Tratábase de un instrumento férreo que rodeaba ajustadamente el cuello del jinete y se detenía a ras de las mandíbulas, remontándose por la nuca, y ensanchándose en el asiento del cuello con los hombros donde formaba a modo de protector de hombreras, siendo en realidad soporte del armazón que Valéry Corbró había construido pacientemente para asegurar el total restablecimiento de su milagroso resucitado.

El dogal de hierro impedía a Lucientes todo movimiento de cabeza, obligándole a desplazar los hombros si quería mirar a los lados.

Le obligaba también a mantener rígida y alzada la cabeza,

concediéndole un aspecto vagamente amenazador.

Desmontó ante las costería donde meses antes se alojó, y allí se informó del paradero del convento del Beguinage destinado a clausura de jóvenes francesas, dispuestas a tomar los velos.

—...y está sólo a tres pasos de la capilla española, caballero.

—¿Qué horas son las que tienen para recibir visitantes?

El hostelero miró al que le preguntaba con ojos redondos de asombro.

—No es lícito, caballero, chancearse al tratar de cosas sagradas que sólo respeto infunden.

—No es mi intención la que me atribuís. Me he limitado a preguntar respetuosa y disciplinadamente a qué horas podré ser recibido en el Beguinage.

—Nunca os recibirán, señor. Es clausura. Las puertas de esos conventos nunca se abren para gente mundana.

—Si no hay puertas, habrá ventanas-dijo Lucientes, en español, alejándose.

Poco después deteníase ante un edificio cuadrado de ventanas enrejadas, erigido en medio de un jardín sin flores, donde parterres y rotondas contenían pequeños arbustos y setos de césped.

No cabía más que una puerta, comprobó dando la vuelta por entero al edificio.

Era una puerta con herrajes y colocado encima de un pesado aldabón, abríase un rectángulo a modo de puertecilla.

Repiqueteó por dos veces Lucientes.

En la mirada asomó un rostro de mujer, redondo y más empalidecido por la sombra de la toca.

—Alabado sea el Señor-expresó la monja tornera en dialecto.

—Buenos días, sor-saludó Lucientes, en francés.

—Buenos días tengáis, caballero, cuando ignoráis que este es un convento, de clausura.

—Mi hija está en él.

—¡Fué vuestra hija, pero hizo renuncia al mundo y a sus afectos, para dedicarse a...

—Con todo respeto, sor, os suplico comuniquéis a la abadesa que por un error hay una joven recluida que...

La mirilla se cerró, desapareciendo el rostro de la monja.

Diego Lucientes quedóse unos instantes inmóvil. En su frente la

cicatriz iba enrojeciendo hasta que adquirió un tinte escarlata profundo.

Levantaba el puño izquierdo para golpear sañudamente la puerta, cuando volvióse al sentir pasos tras él.

Unos pasos aplomados, acompañados de repique de espuelas y armas. Varios “lanquesnetes”, a cuyo frente iba un suboficial, formaron un cuadro alrededor del madrileño.

—¿“Wer woelbitsch, Mynheer”?

—Tu padre, por si acaso-replicó Lucientes en español, añadiendo en francés: —Habladme en lenguaje que entienda, soldado.

El suboficial, en francés gutural, adusto el rostro, masculló:

—Seguid camino.

—Mi camino aquí me condujo, porque es aquí donde tengo asunto que resolver.

—Es convento de clausura y sólo ante su puerta puede detenerse el paseante que deposite limosna.

—¿Por qué no seguís vos camino y me dejáis a mí la preocupación de resolver mis asuntos? Os agradezco la gentileza, pero de los seis que aquí estamos, sobran cinco.

—Continuar más tiempo aquí, me forzará a daros a elegir entre cinco días de cárcel o cinco florines.

—Dadme los cinco florines, que los prefiero a la cárcel. ¡Repámpanos! ¿Con qué autoridad os metéis donde no os llaman?

—Suboficial Krastnner, de servicio en el rondín de orden. Os intimo por última vez a seguir camino.

—Quedo intimado con vos-y Lucientes se apartó de la puerta conventual —Y ya que os obedezco, ¿tendréis la amabilidad de ilustrar a un viajero que ignora las costumbres de ese bendito pueblo campanilludo?

—Si mis explicaciones os pueden evitar infringir leyes, voluntariamente estoy a vuestra disposición.

—Hay en este convento una joven que está recluida también voluntariamente, pero porque está en un error.

Asomó en el rostro del suboficial una sombra de sonrisa,

—A otros detuve que expulsados fueron de la ciudad, porque pretendían en vano requerir de amores a la dama que eligió la serenidad del convento.

—No seáis malintencionado, señor suboficial. La dama en

cuestión es mi hija.

Otra, vez la sonrisa se dibujó, pero más acentuada en el adusto rostro del “lanquesnete”.

—Otros pretendieron que eran sus hermanas. No tratéis de engañarme, caballero. Os aconsejo partáis de la ciudad, desistiendo de vuestros indignos propósitos. ¿Con qué derechos intentáis turbar la monástica reclusión de la que eligió morir para el mundo?

Volvió a enrojecerse la cicatriz frontal del madrileño, que se mordió los labios para evitar bruscas réplicas.

Su silencio compadeció al poco inteligente suboficial, que interpretó el evidente esfuerzo para dominarse de su interlocutor, como prueba de íntimo combate.

—¡“Damn Teúfel”! No os apenéis en exceso, caballero. Alejaos, buscad nuevos horizontes y no luchéis contra lo imposible. Estos muros encierran un pasado. Respetadlos. Id en busca de nuevos horizontes.

—Tenéis razón. Así lo haré. Os agradezco la infinita cordura y sensatez de vuestro consejo.

—Veréis como el tiempo hará que todas las cosas cambien de forma y de color.

—Me parece que eso es una canción, pero, en fin, las grandes verdades deben ser acatadas.

—Hacedme un favor, ¿queréis?

—Servidor vuestro, ya que mío lo habéis sido.

—No interpretéis como impertinencia si os pregunto qué clase de escudo es el que lleváis sobre los hombros.

—Tengo el cuello flaco, y necesito llevar un corsé para que no se bambolee mi cabeza.

—Ah... Parece pieza de armada de torneo. Os protegerá el cuello y 1os hombros de heridas.

—Así es. Sois tan listo como deja adivinar vuestro semblante. Buenos días, Mynheer. Y os reitero mi gratitud por vuestras sabias enseñanzas.

En la hostería anunció Lucientes que iba a dormir, porque venía fatigado del viaje y que por la noche, al despertarse, emprendería el camino de regreso.

Embozado en su capa, partió a caballo hacia la salida de la ciudad en su unión con la carretera occidental.

Ató su cabalgadura a un árbol y a pie regresó desfilando por las callejuelas de canales.

Por varias veces se ocultó en quicios obscuros, cuando oyó el metálico y acompasado rumor de los pasos del “rondín”.

Desde la fachada fronteriza al convento, estudió las posibilidades de asalto,

Había al flanco derecho del convento, una casita cuyas ventanas no estaban enrejadas y cuyo jardín posterior comunicaba con el que rodeaba al edificio gris de clausura.

Escaló el fácil acceso de la casita, y se introdujo por la ventana entrando en una habitación que era un comedor.

Andando de puntillas descendió unas escaleras y poco después se hallaba ante el muro que separaba los dos jardines.

Su dogal le obstaculizaba la total ligereza de sus movimientos, pero logró saltar al otro lado.

La noche hacía aún más ostensible el silencio que rodeaba el edificio donde su hija voluntariamente fué a buscar el olvido.

Tanteando, avanzó por entre los arbustos cuidado de pisar siempre césped que amortiguara sus pasos y evitando los senderos de grava, hasta que pronto se detuvo como alucinado.



Escaló el fácil acceso de las casitas...

Por entre los arbustos acababa de surgir una blanca aparición, alargada y espectral, de cuyo talle pendía una sarta de pequeñas calaveras.

Desenvainó Lucientes nerviosamente su espada, temblorosos los labios, por la repentina impresión recibida.

Una voz melodiosa, musical en su dulzura, habló en francés:

—Os exhorto a abandonar un lugar que profanáis con vuestra presencia.

Habíase aproximado más la supuesta aparición y pudo comprobar Lucientes que la sarta de pequeñas calaveras, era un rosario...

La monja de albos ropajes, no llevaba toca de alas, sino ceñido velo que ocultaba su cabello, marcando el óvalo del rostro.

—No soy un salteador, ni me traen intenciones sacrílegas, hermana.

—Efectuando mis rezos nocturnos sorprendí vuestro escalo. ¿Quién sois?

—Diego Lucientes, padre de Gabrielle Lucientes, recluida por error en vuestro convento.

—Ninguna se recluye por error. Todas vinimos huyendo de la falaz mentira del mundo. Os puedo hablar sin temor ni aspaviento, porqué fui Louise de Evremont, vizcondesa, y traté con toda clase de humanos. Hoy tenéis ante vos a Marie du Saint-Amour, abadesa rectora de este convento, que profanáis.

—Es de noche y estamos en un jardín sin flores, vizcondesa de Evremont. Vos no podéis consentir que por un error trágico, haga votos de monja, la que no nació para serlo.

—No sois vos el llamado a enjuiciar vocaciones.

—Si no tengo derecho a ello, ¿quién lo va a tener? Soy el padre de la muchacha, señora, y perdonad el desaire. Hasta ahora he actuado pacíficamente, asistiéndome todos los derechos.

—Vuestros derechos de padre cesaron al cerrarse tras vuestra hija la puerta del convento.

—Tratad de escucharme con oídos de compasión, vizcondesa de Evremont. Mi hija me cree muerto. Me rompieron el cuello y gracias a un medicastro ambulante que me recogió y sanó, ahora estoy aquí. Y vengo a llevarme a mi hija... por las buenas, o por las malas. Si preciso es regresaré con hueste mercenaria, porque me obceca la obcecación de los demás.

—Sólo en vos hay obcecación.

—Repámpanos... ¿Por qué está mi hija encerrada a cal y lodo?

—Ella eligió internarse en noviciado.

—Creyendo en mi muerte. Y al no quedarle ningún afecto humano, decidió hallar consuelo en la religión. Por tanto, no es por vocación, sino por error. Ya que tanto dais a elegir por estas tierras, que ella misma elija. Me conformaré con lo inevitable. Si ella, sabedora de que estoy en vida, prefiere dejarme abandonado a mis malos impulsos, de los que fué freno desde su nacimiento, entonces me resignaré.

Louise de Evremont inclinó la cabeza:

—Vuestra última frase ha logrado lo que ni violencias ni argumentos habrían podido lograr. Si como creo es verdad que ella fuera vuestro ángel guardián, labor más meritoria a los ojos del Todopoderoso realizará sirviéndoos de salvaguardia contra el mal.

—Gracias, sor Marie du Saint-Amour.

Y Diego Lucientes, doblando la rodilla, besó la cruz que estaba engarzada en el centro del gran rosario fúnebre.

—Quedad donde estáis, caballero Yo debo prevenir a vuestra hija; presente deberé estar en vuestra entrevista. Si ella elige permanecer aquí no debéis forzarla a otro cosa.

—Acataré lo que ella determine. Pero si es mi hija, conmigo vendrá.

Quedóse Lucientes esperando con anhelante impaciencia. Pasaron minutos que se le antojaron siglos...

Dos sombras blancas avanzaron hacia él... y Gabrielle Lucientes, con un ronco sollozo contenido, abalanzóse entre los brazos del que tardó tiempo en encontrar palabras en su reseca garganta:

—Unidos otra vez, Gaby. No hagas comentarios. El pasado no existe. Si aquí viniste en busca de olvido, que sé el tiempo te habría concedido, respetaré tu decisión tomada en momento en que muerto me supusiste. Pero ahora, que aún es tiempo, has de decidir si debo marcharme, dejándote. Sabes que respeto la voluntad ajena en todas sus manifestaciones. Si es tu firme propósito vestir para siempre el blanco velo, no he de oponerme.

—Volver al mundo, padre, significaría... recordar viendo continuamente lugares que...

—Nuevos horizontes, hija. No regresarás a Francia, ni vivirás en tierra que puedan recordarte al... que puedan recordarte hechos que pasaron.

—Yo fui la culpable de todo... ¡Yo!

Colocó Lucientes el índice sobre los labios de su hija:

—No te inculpes de lo que era imprevisible. Yo soy quien me considero autor de tu desgracia, porque consentí una situación, creyendo en la nobleza de un ser abyecto... Perdóname Gaby... y juntos olvidaremos... No quisiera partir con remordimiento.

—¿Dónde irás, padre?

Separóse Lucientes entristecido el semblante. La faz macilenta, demacrada y dolorosa de su hija, al igual que su cansino hablar, le producían una sensación penosa.

Y juzgó que volvería de nuevo a su vagabundo errar.

—¿Qué más da, hija? Reza por mí y halla pronto olvido. No me guardes rencor si no supe evitarte esta cruel prueba. Siempre pretendí tu bien y por torpeza, por confiar en una nobleza de alma que no existía, permití que el crimen empañara para siempre la risueña luz de tus ojos. Gracias, sor Marie du Saint-Amour, por

vuestra generosa ayuda. Rezad también por mí, y os confío a mi hija.

—¿Dónde pensáis ir, caballero? —inquirió suavemente la abadesa, mientras Gabrielle abrazada a ella, ocultaba el rostro entre los albos ropajes de la ex vizcondesa.

De nuevo sin brújula ni rumbo, ni tengo meta. Pensando estoy que como me resulta molesto este dogal de hierro que enronquece mi voz, me lo quitaré.

—¿No es dogal para sanar vuestro quebrado cuello?

—Un medicastro me afirmó que debía llevarlo un año entero. Tendré que hacerle caso...

—Hablasteis de nuevos horizontes.

—Nuevos por la prolongada ausencia que de ellos mi alejó. Hablaba de un mar hermoso, que por nombre tiene el Caribe.

—Mar de luchas y villanías, caballero.

—Mar de nobles empresas si se lucha contra el mal. Tengo allá al único amigo, al único afecto que me queda: el conde Ferblanc. Y a su lado hallaré quizá redención, si puede perdonarme el no haber sabido ser un padre cabal.

Gabrielle Lucientes desprendióse de los brazos de la abadesa, la cual, en vez de retenerla, la empujó hacia e1 pelirrojo.

Padre e hija, en silencio, permanecieron mirándose distanciados por dos pasos.

—¡No puedo, padre! —gritó Gabrielle—. No puedo dejarte solo. ¡Me necesitas!

Y en el nuevo abrazo hubo patetismo de ávido afecto.

Sor Marie du Saint-Amour habló como si rezara:

—Tu labor, Gabrielle, será más fructífera si por el mundo esparces la bondad de tu ejemplo. Vela por tu padre, Gabrielle, cuya alma necesita de tu amparo.

Diego Lucientes sonrió, compungido:

—Perdonad, sor Marie, si antes hablé poco respetuosamente. Más abadesas como vos, y todos santos seríamos. Vuestra generosa y noble actitud al ayudarme, tendrá la recompensa que vos buscáis de una paz eterna.

Días después, del puerto de Amberes zarpaba una fragata, a cuyo bordo iban Diego Lucientes y su hija.

La fragata debía recalar como penúltima escala en Puerto

Colombia, que era el nuevo horizonte que para su hija y el mismo, anhelaba Diego Lucientes.

Capítulo X

La huida

La fragata anclada en una de las islas Becassine, que disfrutaban del privilegio de libre acceso a cualquier nave fuera de la nacionalidad que fuese y enarbolara pabellón pirata o corsario, tenía cubierto el mascarón y el letrero de proa y no lucía enseña ni pabellón alguno.

Para los ojos de un marino experto, habría sido visible que aquella nave, con lonas tendidas a trechos en su estructura de casco y con sogas deformando los palos, pretendía ocultar su verdadera forma que la denunciara.

No obstante, era un exceso de precauciones, pensaría el marino que desde Burdeos avistara la nave anclada, ya que un decreto real no derogado aun, concedía anclaje libre a cuantas naves lo quisieran en las Becassine, el pequeño collar de islotes abierta en semiarco a dos millas de la fortificada ciudad.

Y, sin embargo, aquellas precauciones eran razonables porque si se hubiera adivinado cuál era el bajel misterioso, que lograba deformar su verdadera línea, quizá el propio Rey habría derogado inmediatamente el privilegio.

Porque era impudor que el “Mefisto”, antigua nave “Tonerre”, de la marina real corsaria, hubiera recalado frente a su patria traicionada.

Las lonas que cubrían el mascarón y el letrero de proa, ocultaban la figura de un diablo sonriente, armado de horquilla en la que pinchaba una cabeza cortada y el letrero decía: “Mefisto”.

Era su lugarteniente un inglés seco y escaso de palabras, reputado por su frialdad.

Aun combatiendo, aun cometiendo las peores atrocidades,

Fenimore Graskell, actuaba con helado continente de hombre sin nervios.

Pirata conocedor de todos los refugios y puertos del Caribe, Fenimore Graskell había sido enrolado por Leblond, que le consideraba, un espíritu, aunque distinto en la forma, idéntico en el fondo al suyo.

Un maligno sádico insensible a toda bondad y a todo sentimiento noble.

Alto, flaco y experto en manejar toda clase de armas y trampas, Fenimore Graskell, "Ojos de Plata", imponía en cuantos eran sus subordinados por delegación de mando, el mismo terror que la sonriente y mefistofélica figura de Leblond causaba en los tripulantes del "Mefisto".

En el magro y bronceado rostro destacaban los claros ojos de un gris tan translúcido en las pupilas, que a escasa distancia parecían ser blancos.

Peculiaridad que le había valido el mote, aunque también era apodado "Sin misericordia", "Témpano" y otros calificativos aludiendo a sus características.

Sólo tenía un confidente y era su espejo portátil, que estimaba como un tesoro. Robado en un palacio de Jamaica, moldeado en plata y azogue y rodeado de rubíes y esmeraldas, había reproducido la imagen de la hermosa esposa del Residente.

Todos los días, a las cinco de la madrugaba, estuviera donde estuviere y si el combate no se lo impedía. Fenimore Graskell afeitábase pulcramente, dando repetidas pasadas a su rostro, como si el extirpar el pelo que ennegrecía sus mejillas y mentón, constituyera una primordial exigencia vital.

Y en inglés, mientras se afeitaba, susurraba por entre sus delgados labios, confidencias.

Desde la partida da Narcisse Leblond, su lugarteniente repetía con frecuencia la misma confidencial reprobación:

—Por una mujer.

En aquellas tres palabras condenaba Graskell su infinito desprecio por los que "particularizaban —'.

—Todas en general y ninguna en particular, decía mi abuelo. Todas son iguales anatómicamente, con escasas diferencias de estructura. Lo demás, es superfluo.

“Superfluo" era una de sus favoritas expresiones. Cuanto representara sentimiento, era superfluo.

Y por un superfluo, Narcisse Leblond habíase adentrado en tierra francesa, prendido en el capricho de domeñar el brillo retador de unos negros ojos de hembra granadina.

Terminó Graskell de afeitarse y media hora después la tripulación reunida a bordo, descubrióse al subir en el entrepuente Fenimore Graskell.

Con su tricornio en la diestra, señaló a un pirata que tres pasos a distancia, había llegado en lancha remada por él mismo.

—Este hombre explicará lo que sucede. Explica.

El marino, habituado al estilo del inglés, avanzó para con voz clara y ademanes expresivos, acompañar su narración:

—Enviado a tierra en misión de seguir cuantos pasos diera “Mefisto”, no pude impedir que en posada de Angulema cayera preso. Fueron una decena de mosqueteros. Él me vió y gritó: “¡Reunión en Palacio"! Regresé a comunicar a Ojos de Plata lo sucedido y nuestro lugarteniente me ordenó rondar los aledaños de la cárcel de Angulema hasta que saliera la escolta que acompañaría a nuestro jefe a la capital, para subir al patíbulo.

Los tripulantes escuchaban con distintos pensamientos. Si moría Leblond le sucedería Graskell y tanto el uno como el otro, no se diferenciaban gran cosa.

Pero el código no escrito exigía a Graskell como lugarteniente, hacer cuanto pudiera para salvar al que era virtualmente jefe y propietario de la nave.

El marino espía continuó:

—La escolta está conduciendo a nuestro jefe a París. Va en compañía de otro perdulario como nosotros, en carreta de bueyes. La gente a su paso les arroja inmundicias. Mefisto sonríe y varias veces en que me ha visto, sus labios han murmurado sin voz, pero claramente el nombre de Fenimore Graskell y las palabras “Reunión en Palacio”. Obedeciendo la orden de Ojos de Plata, dejé de seguir a la escolta, cuando supe que iban a París. He cumplido.

—Retírate a tu lugar-dijo Graskell.

Miró hacia el lívido cielo, donde el sol pugnaba por vencer las nubes y como si allá buscara inspiración, el inglés fué hablando con lentitud.

—Antes de partir Mefisto convino conmigo en que todo hombre inteligente debe preparar la retirada antes que el golpe. No quiso internarse en busca de su botín personal, acompañado por nosotros, porque supuso razonablemente que un hombre solo es menos alarmante que muchos. Por si caía preso, me explicó en qué consistía la consiga Reunión en Palacio. Es ingeniosa y acredita el cerebro de Mefisto. Escuchadme con atención, porque todos debemos colaborar en Reunió en Palacio. Consiste en...

* * *

Leblond mordisqueó el mendrugo de pan que uno de los postillones que conducía la carreta, dióle colocándoselo entre los labios, en uno de los relevos de escolta.

—Ya sabes ahora lo qué es Reunión en Palacio, chacal.

—Segura es la huida, si tus hombres no fallan. Pero veo un fallo, Mefisto.

—¿Querrá el choto enseñar cuál hierba es la mejor al toro? ¿Qué fallo ves tú, joven bigardo?

—Desprecias a la humanidad. Dices que nadie es de fiar. Aseguras que todo es mentira y extorsión. Y para que Reunión en Palacio se cumpla, es preciso que tus filosofías no se realicen.

—¿Porque depende de Fenimore Graskell?

—Dejándote, él puede ser amo absoluto de la nave.

—Entre piratas hay cosas que no se perdonan. Si mi lugarteniente me abandonara a mi suerte actual, sería proclamado traidor y cuantos pudieran tratarían de traicionarle. Pero hay algo mejor y más sólido. Fenimore Graskell me considera su “maestro.

Rió amablemente Leblond, y su rostro, cubierto de barro reseco, su pelambre revuelta y sus sucias ropas, le quitaban ya el aspecto agradable qué le concedía el aseo.

Era un rufián canallesco el que siguió musitando a oídos de. Cheij Khan:

—Ojos de Plata sabe que yo puedo enseñarle muchas delicadas jugarretas que su mente fría es incapaz de imaginar. Sabe que conmigo obtendrá placeres de orden especialísimo. Es como si él y yo fuéramos gemelos en ingeniosa ambición de superarnos en maldad. Y siempre le venzo, descubriéndole insospechados recursos.

—Te creo. Sé ya que la maldad tiene más probabilidad de éxitos que la nobleza de alma.

—¿Nobleza de alma? Sandez, joven bigardo. Deberías venir conmigo al Caribe. Te hacen falta unas cuantas lecciones.

—El primer hombre que me dió lecciones de vivir, lo convertí en una antorcha. Ardió como sarmiento brujo.

—Vaya... Me interesas, joven bigardo. Veo que el agradecimiento es para ti la mayor estupidez humana, que generalmente escasea. Los hombres son un rebaño estúpido, pero tienen la inteligencia de no ser agradecidos. Pasemos ahora a concretar. Se ha puesto de nuevo en marcha esa infecta carreta y la próxima etapa de relevo es en el palacio de Menilmontant.

Cheij Khan miró indiferente al mosquetero, que en voz, alta, acababa de comentar con otro:

—No cesan de contarse las mutuas atrocidades que han cometido en sus malditas vidas. En el árabe aun es de perdonar, porque es un salvaje... Pero ¡pensar que Leblond es un francés! ¡Asco me da!

—Más asco me das tú, gordiflón —gritó Leblond, sonriente—. Tu mujer te engaña. Lo llevas en la frente. Tu hijo te matará por heredarte. Y tus compañeros te desprecian porque eres un cerdo cobarde.

El mosquetero alzó el puño crispado, rojo el rostro de ira:

—¡No soy casado, ni tengo hijos!

—Te casarás, y los tendrás, estúpido. Cállate, insolente. Eres mi escolta y me debes respeto, so bellaco.

Leblond, satisfecho, volvió a ladear la cabeza, mientras el mosquetero tenía que ser sujetado por otros dos...

—¿Te diste cuenta, chacal?, los vuelvo locos y estoy entre rejas.

—Tu lengua es de víbora.

—Cuando me pisan el rabo. Y me pisan el rabo todos los seres normales. Pero vayamos a lo nuestro, chacal. Cuando llegue el momento, sé que te abrirás camino. Yo te esperará en las Becassine. Te doy dos semanas de tiempo. En ellas me traerás a Soledad. Yo, por mi parte, tengo que arrasar un pueblo costero, para que durante mucho tiempo hablen de mí esa turba de franceses hediondos. ¿Has pensado cómo lograrás traerme a Soledad sin daño?

—La traeré. Lo sabes.

—Déjame ser tu maestro, aunque intentes algún día convertirme en antorcha viva. La existencia sin amenazas es monótona. Tú eres

un galán seductor, joven bigardo. Conozco a las mujeres y sé que al ser miradas por tus ojos que parecen contener ensueño y ternura, se sentirán ávidas de explorar tu aparente romanticismo. ¿No has leído Romeo y Julieta de un trágico inglés?

—No.

—Yo te lo comentaré. No lo dice el trágico que lo escribió, pero yo adivino que ocurriría así. Romeo recitando lindas estrofas bajo el balcón exasperaría a instantes a Julieta que entredientes debía gruñir: “Condenado imbécil… ¿Cuándo dejarás de rimar y subirá ya a mi alcoba?”. Pero al principio ellas quieren romanticismo. Dale romanticismo a Soledad y después yo me encargo del resto.

—Puede enamorarse de mí.

—Más escalofríos me dará el besarla. Pero recuerda que dispones sólo de quince días. También hay otro procedimiento. Hacer extorsión en sus sentimientos. Si ves que tiene aprecio en alguien, retuércele el cuello a esa persona y dile a ella, que si no viene contigo matarás al que ya eliminaste,

—No te esfuerces en darme lecciones Mefisto. Yo tengo que vengarme y lo haré. Y por ser tú quien me concede la libertad, cumpliré con lo que deseas.

—¿En dos semanas podrás vengarte y raptar o enamorar a Soledad? Mucho te consideras.

—Mucho soy.

—¿Cuáles serán tus nuevos ejercicios de sangre?

—Lyon d’Arcy, el marquesito de Ferjus, Niccolo Pavolini… y después ella.

—¿Matarás a tu ansiada hermosa?

—El futuro no lo predigo, si hay mujer de por medio, cuando esta mujer nació para ser mía y darme plenitud.

—Mátala y te irá mejor, chacal. Bien, vamos paso a paso hacia palacio.

* * *

—…Escuchadme con atención, porque todos debemos colaborar en Reunión en Palacio. Consiste en lo siguiente: la escolta va relevándose en distintos lugares cuando traen a la capital a algún sentenciado que por su categoría debe ser ajusticiado en París. La última escolta que conduce al Chatelet, está compuesta por un escuadrón de mosqueteros del propio palacio real. Se reúnen en el

palacio de Menilmontant. Hasta esta etapa pretender asaltar la comitiva era absurdo, porque tenían orden de disparar contra Mefisto, si tal se intentara. Suplantar la escolta era imposible en el camino ni en las posadas de ' relevo, por la mucha curiosidad y testigos que aglomero el anuncio de la comitiva de escarnio. En cambio, en el palacio de Menilmontant, se reúnen treinta mosqueteros, los cuales se hacen cargo de los presos sin carreta. ¡Nosotros seremos esos treinta mosqueteros de la última escolta!

Fenimore Graskell apuntó con el tricornio hacia las calas.

—Hay cofre con ropas de mosquetero, mercadas en Burdeos. Dos de vosotros las llevaréis por si las necesitamos. Pero espero que la ropa de los treinta reunidos en palacio nos servirán.

Además de hablar con lentitud hacia el inglés frecuentes pausas, porque no solía emitir parrafadas largas.

—Es labor que no puede hacerse por asalto ni con ruido. El palacio de Menilmontant usualmente contiene dos guardianes y una cantinera. No se emplea más que para relevos o recibimientos a grandes personajes militares. Estaremos en Menilmontant mañana al anochecer. Veintinueve de vosotros seréis mis mosqueteros. Los papeles y documentos del verdadero capitán me darán la garantía necesaria para recibir los presos. Los dos guardianes y la cantinera serán enterrados. Los que llevan los cofres con ropa, servirán de guardianes. Y cualquier moza de taberna amiga vuestra será la nueva cantinera. Los mosqueteros deberán entrar sin recelo. Después... si no supiéramos dar muerte a mosqueteros embriagados con una sola copa de vino o agua conteniendo narcótico de hierbas, poco valdríamos. Nada habrá superfluo Todo será bien medido. Ahora designaré a los que me acompañarán.

* * *

Un capitán mosquetero de ojos claros casi blancos, saludó besando la hoja desnuda de su espada al oficial que iba en cabeza de la comitiva, cuya carreta era objeto de gran curiosidad entre los escasos transeúntes a aquella hora tardía, en la explanada de Menilmontant.

—Credenciales, señor alférez-exigió Ojos de Plata.

—Tomadlas, mi capitán-replicó el oficial, tendiendo unos papeles mientras presentaba Graskell los que había cogido de la faltriquera del asesinado capitán.

Leyeron ambos concienzudamente los escritos sellados, que daban fe de las sucesivas entregas y relevos.

Saludó el joven alférez.

—En orden, mi capitán. ¿Puedo retirarme?

—Tened primero la bondad de cumplir con la formalidad de entrega. Los dos presos deben ser entregados en este palacio, simplemente encadenados. La carreta no pertenece a la jurisdicción ambulante de las calles de París.

Poco después Leblond y Cheij Khan abundosos en cadenas y grilletes, eran “custodiados” por el resto del escuadrón dirigido por Fenimore Graskell.

Alejóse la carreta y la escolta provinciana del destacamento mosquetero.

Narcisse Leblond sonrió.

—Necesito una copa de vino, Graskell.

—Es la última que servirá la cantinera. ¿Este debe también enmudecer para siempre? —y Graskell señaló a Cheij Khan?

—No. Quitadle las cadenas y grilletes. Dadle el mejor de los caballos y cien luises. Esta copa de vino, Graskell. Pronto… que no es superflua. Hace un mes y quince días que no he bebido mosto.

Tanto Leblond como Cheij Khan tardaron un largo espacio de tiempo en cesar de sentir hormigueos en los miembros largo tiempo encadenados.

Leblond comió con apetito y mentalmente Graskell pensó que más le convendría lavarse…

Como si adivinara su pensamiento, Leblond dijo de pronto:

—Me quitarán esa mugre y con la lengua los habitantes del pueblo costero que voy a marcar a sangro y fuego. ¿No comes, chacal?

—Quiero dátiles, miel y carne cruda.

—Cada cual con sus caprichos y gustos. Ahí tienes miel. Lo demás búscatelo por el camino. Dame ropa de mosquetero, Graskell. ¿La quieres tú también, chacal?

—Prefiero otra ropa menos llamativa.

—Sabia prudencia. No emplees la estola y elige buena vestimenta, porque el hábito hace al monje.

—¿Doy orden de marcha? —inquirió Ojos de Plata.

—Diez avante al galope. Cinco al trote detrás de la avanzadilla.

Los otros en semejante distribución, pero a retaguardia.

El escuadrón de piratas, revistiendo ropas mosqueteras, abandonó la estancia de entrada al palacio de Menilmontant.

Poco después, Narcisse Leblond se puso en pie, limpiándose los dedos rebosantes de grasa, lamiéndolos.

—A lo tuyo, Cheij Khan. Ahora con esas ropas, ere s un perfecto Romeo. Quince días tienes. Los vale ella. Hasta pronto. Si no vuelves, ¿Qué deberé pensar?

—Que me han dado muerte... y eso no ocurrirá, porque ahora más que nunca sabré burlarme de la muerte, con prudencia del que necesita para poder vivir, vengarse.

Partió Cheij Khan y Leblond, al cubo de unos instantes, dijo:

—Vámonos, Graskell. Ese árabe te habrá parecido superfluo, porque habla de venganzas... No lo es. En secreto te diré, que si en el Caribe hubiera otro chacal como él, el renegado conde de Ferblanc no podría con el chacal y conmigo. Bien, vámonos ya. Tengo ansias de aspirar el olor de las lonas mojadas por el salitre.

Capítulo XI

El chacal hace un juramento

Toinon Lemarchand, el pastor hijo del granjero instalado en las cercanías del bosque de Civry, estaba tocando el caramillo con gran deleite.

Había almorzado y dentro de unos instantes gozaría de una siesta remozadora tendido sobre la verde hierba.

Cuando el caramillo cayó de su mano, empezó a suspirar. Pero no era por razones melancólicas, sino porque el hondo sueño le había invadido.

Despertó al sentir contra su pecho una opresión. Quiso gritar y su garganta no emitió el menor ruido.

—Hola, pastor. ¿Me conoces? No chilles o te pisoteo.

Miró desorbitado de pavor el muchacho la bota que se aplastaba contra su pecho. Y fué ascendiendo su vista hasta detenerse en el soñador semblante de Cheij Khan.

—¡El... el chacal!... —balbució.

—No muerdo, si no se rebelan, pastor ¿Por qué está cerrado el castillo de Civry y nadie reside en él?

Toinon Lemarchand deglutió varias veces saliva y de pronto el pánico le acometió en su paroxismo.

No podía hablar.

—Contesta pronto, pastor. No sufrirás daño si me informas detalladamente contestando a mis preguntas. ¿Por qué está cerrado el castillo de Civry?

—El señor Lucientes... murió...

—¿De qué murió?

—¡Señor, señor! ¡Por favor, merced y misericordia!

—No chilles o te aplasto como a un gusano. ¿De qué murió el

señor Lucientes?

—Yo no sé... Yo no vi...

—¿Qué dice la gente?

—Que vos... lo matasteis.

—¿Dónde está ella?

—¿Quién, señor?

—Gabrielle Lucientes.

—Ha... ha muerto, señor Cheij Khan.

Y el pastor empleó a conciencia la expresión habitual para indicar que alguien profesaba votos de religión.

Estaba acobardado, pero tuvo una secreta valentía. Sentíase que estaba defendiendo la vida de Gabrielle Lucientes recluida en un convento.

La bota de Cheij Khan se apartó del pecho del tendido pastor, y el silencio empezó a asustar a Tonion Lemarchand.

Al cabo de un largo instante, preguntó Cheij Khan con voz impasible, que no denotaba la fiereza de la mordedura que sentía en su corazón:

—¿De qué murió?

—Dicen, señor, que de penas. Dicen que de enfermedad. Dicen que era débil.

—¿Débil ella, la amazona?

—Sufrió, señor...

—¿Dónde yace?

—Partió a buscar olvido a la ciudad de Amberes, y allí murió. Os podrán informar allá.

—¿Dónde está el señor Lyon d'Arcy?..

—Escribió ha poco al notario de Angulema, y por mi padre he sabido que está en un castillo gascón de Tarbes.

—¿Tarbes?

—Es un pueblo gascón de la montaña.

—¿Dónde está el marquesito de Ferjus?

—Había decidido ir a París, pero luego partió a tierra italiana, donde, al parecer, hay muchos violines.

—¿Y maese Niccolo Pavolini?

—Le acompañó en el viaje.

Cheij Khan extrajo dos luises de su bolsa. Los arrojó al suelo junto al caramillo.

—Es mi último acto humano, pastor. El mundo ha matado en mi corazón todo aliento bueno. Juro ante esos bosques que fueron escenario de mis torturas que sólo he de vivir para vengarme de la humanidad que tanto me ha maltratado, quitándome la única razón de vivir humanamente.

Hacía ya mucho tiempo que se había marchado Cheij Khan, cuando Tonion Lemarchand logró recuperarse de sus temblores.

Miró las dos monedas en el suelo, y, ayudándose con el cayado, cavó un hoyo, empujando los dos luises.

—¡"Vade retro, Satanás"! —murmuró, a modo de exorcismo, sobre la tierra que escondía dos monedas de oro.— Traería mala suerte coger metal tocado por mano de un genio de los infiernos.

* * *

Días después, detenía Cheij Khan su caballo ante una columna de piedra que llevaba grabadas las siguientes palabras:

—"Toulouse, diez leguas."

Un aldeano acercábase caminando perezosamente.

—Buenos días, caballero-saludó al pasar.

—Buenos días. ¿Podéis decirme si la ciudad de Tarbes está muy alejada?

—Es la Gascuña, caballero.

—¿Cuántas leguas de allí me separan?

—Leguas..., leguas, no sé. Pero en carroza de postillones tardan desde Toulouse dos días. Vos, a caballo, en día y medio podíais llegar.

—Gracias.

Y al irse Cheij Khan dejó en el campesino la impresión de que a Toulouse y a Tarbes iba un joven de hermoso rostro a cita de amores o amistad.

Lyon d'Arcy constituía ya la obsesión de Cheij Khan. Cuanto imaginaba, poco le parecía...

Pero momentáneamente había decidido emprender del modo más seguro la captura de Soledad, la española deseada por Leblond, y que había puesto en peligro la existencia del maligno pirata.

Tomó una decisión. Contaba aún con diez días. Si recurría al engaño podía triunfar, donde la violencia fracasaría...

Y deseaba que Lyon d'Arcy viviera meses y meses. Lo imaginaba enjaulado, en cubierta de un barco rumbo al Caribe.

A los gritos de horror del torturado el mar replicaría con embates ruidosos.

—La mujer para el que libertad me dio. D’Arcy entonará los fúnebres responsos por el alma que mató.

Picó espuelas, y su caballo, con un relincho de dolor, partió como una centella hacia Toulouse.

PRÓXIMO EPISODIO:

El león plateado

Notas

[1] Ver *El Marquesito* < <